

FEDERICO
FELLINI

Giulietta



Lectulandia

Desde las alturas de un mongolfier, Giulietta, la protagonista de esta novela, pregunta a su abuelo si algún día volverán a tierra, a casa. El abuelo le contesta: «Siempre se vuelve, pero el mundo es tan grande, está tan lleno de cosas que ver... que hacer... ¿Verdad, tesoro?». Y estas últimas palabras las dirige a su amante, una *chanteuse*, que por toda respuesta estalla en una carcajada feliz y comienza a entonar una melodía contagiosa...

A sus setenta años, y convertido ya en un mito viviente, Fellini también parece pensar que el mundo está lleno de cosas que ver, que hacer, y en plena madurez creadora debuta como novelista con un texto en el que retoma —«siempre se vuelve»— los fantasmas y obsesiones que han nutrido sus magistrales películas.

Giulietta narra las tribulaciones de una mujer apocada e introvertida que un mal día descubre la infidelidad de su marido. Asediada por su propia conciencia, Giulietta mezcla los miedos del pasado y las inquietudes del presente en una sucesión de visiones en las que realidad y fantasía confunden sus fronteras y abren las puertas a una portentosa galería de personajes. Un médium, un padrastro, un fascista, un abuelo vividor, un iracundo eremita, un criado chino, un mago, el Duce, Casanova, gatos y espíritus, hombres enamorados, mujeres desdeñosas, bellísimas, jinetes invasores: todo un inolvidable tropel de criaturas inconfundiblemente fellinianas desfilan aquí, hechas con la consistencia de los recuerdos, de los sueños, de los deseos.

Giulietta trae el recuerdo de uno de los filmes más queridos de Fellini, *Giulietta degli spiriti*, expresamente ideado para ser protagonizado por Giulietta Massina, su mujer. Pero nada hace pensar aquí en un guión novelado. Fellini ha construido en esta ocasión un magnífico relato psicológico, lleno de ironía y de fantasía desenfrenada, pero lleno también de sensibilidad y delicadeza, en el que se ha valido de su genio como cineasta para fabricar imágenes poderosísimas que sirven con asombrosa eficacia a un espléndido mecanismo literario.

«El de *Giulietta* es un mundo mágico en la medida de algunas personalísimas deformaciones mías en las que el humorismo juega siempre un papel de primera importancia». (Federico Fellini)

Lectulandia

Federico Fellini

Giulietta

ePub r1.0

Titivillus 02.09.2019

Título original: *Giulietta*
Federico Fellini, 1989
Traducción: Gabriela Sánchez Ferlosio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Nunca he podido soportar ver mi cara en el espejo. Creo que ésta es la única forma posible de empezar a contar esta historia. Aunque una vez más me embarga la duda de si no haría mejor quedándome callada, porque una historia tan extravagante y confusa no sé realmente qué utilidad podrá tener para quien la lea. Pero ¿y si en cambio puede resultar de interés para alguien? ¿Y si tuviera algún valor para alguien que se parezca a mí, por ejemplo?

Hasta hace algunos meses, al llegar a este punto de mi relato ya habría aparecido Olaf en el suelo, a mi izquierda, haciéndome llorar de rabia y de miedo.

Olaf es un espíritu odioso; aparecía de pronto, con su color herrumbroso, montado a menudo en un horrible y pequeño automóvil negro —muy parecido a los que se ven en las pistas giratorias de los parques de atracciones—, riéndose a carcajadas con sus dientes de caballo.

—¿Pero qué haces? ¿Qué buscas? ¡Qué estúpida eres! —Y se golpeaba la frente con su manita seca, y venga a decir palabrotas que me avergüenzo de repetir, a emitir ruidos obscenos y a tirarse unos pedos horribles. Me habría dicho, seguramente, que esta historia no podía interesar a nadie, porque es la historia de una pobre loca.

Pero Olaf ya no puede volver a atormentarme y con él también han desaparecido para siempre (eso espero) aquella inmensa vaca de Iris, y el abate de barba roja con sus melenudos leones, y Rodolfo Valentino, y la silueta negra con los senos desnudos de las «Pillulles Orientales», y Casanova y la santa sobre la parrilla al rojo vivo.

Ahora, cuando la aflicción me atenaza la garganta con sus helados dedos, basta que piense en el globo aerostático para que éste aparezca enseguida entre un paraíso de nubes de colores y de rayos luminosos. Y dentro del gran cesto engalanado con banderas veo a mi abuelo acompañado de su bellísima amante que me hace gestos con la cabeza. Sé muy bien lo que me quiere decir: me dice que debo contar esta historia porque tiene interés para alguien, y en ese momento se oye una música maravillosa.

EL ESPEJO

Bien, pues empecemos hablando del espejo.

El espejo siempre ha ocupado un lugar muy importante en mi vida. Desde mi más temprana juventud. Me he pasado horas y horas mirando mi cara ante el espejo, de perfil, de tres cuartos, me cambiaba el peinado, el maquillaje de los ojos, la pintura de los labios; me cambiaba de vestidos, me ponía de puntillas... y mi imagen seguía siendo la misma: una cara que no podía soportar, una estatura de la que me avergonzaba. Luego vino lo de la broma de mi hermana Fanny, y desde entonces el espejo me ha dado siempre un poco de miedo; miedo de ver al diablo en su interior.

De hecho, cuando era niña mi abuela me dijo una vez:

—Ten cuidado, que si te miras tanto al espejo terminarás por ver asomar a Piernatorcida.

Y una noche, la tonta de Fanny, con el sigilo de un gato, se plantó de repente a mis espaldas y yo vi en el espejo la cara roja del diablo. Lancé un grito tan fuerte que también Fanny se llevó un susto de muerte, hasta el punto de que se quitó enseguida la máscara que se había puesto en la cara y las dos empezamos a gritar abrazándonos y llorando como unas locas. Aquel día nos metieron en la cama sin cenar. Yo tenía un espejito escondido debajo del colchón y me solía mirar en él antes de dormirme, peinándome de mil maneras distintas; pero aquella noche no me atreví a sacarlo, y sólo a la mañana siguiente, en el cuarto de baño, con mucha cautela, me atreví a mirarme en el espejo poquito a poco; primero la mano, luego un trocito de cara, que asomaba un instante desde el marco y desaparecía enseguida, después de cuerpo entero, pero con los ojos cerrados por miedo a mirar; luego entreabrí un poquito un ojo, hasta que terminé por abrir los dos. No había ningún diablo sino sólo mi cara, una cara que me producía mucha rabia, que no quería aceptar y que en ese momento se iba inundando silenciosamente de lágrimas, presa del más amargo desconsuelo.

MI MADRE

En cambio, mi madre y mis dos hermanas son muy guapas, sobre todo mi madre: aunque autoritaria, es muy elegante y de una gran belleza. Una noche (tendría yo más o menos siete años) me había levantado de la cama, y al asomarme al pasillo vi a mi madre con una corona cuajada de piedras preciosas en la cabeza y un gran manto bordado en oro que descendía hasta sus pies. Tal vez se disponía a ir a un baile con papá, pero a mí me pareció una reina, una emperatriz, y también ahora cualquier sombrero que se ponga en la cabeza sigue pareciéndome una corona, y siento la misma turbación paralizante que siempre me impidió hablar abiertamente con ella. Mi madre reina, mi madre emperatriz, mi madre en coche de caballos, mi madre en el palco de la ópera, mi madre ante el gran espejo de su dormitorio, con dos modistas arrodilladas ante ella, deslumbradas también por su belleza: «Es una reina, una estatua; qué guapa, qué belleza». En aquel gran espejo ovalado de marco dorado también estoy yo; soy esa niña que está en un rincón oscuro, al fondo de la habitación, mirando asombrada, maravillada. Más tarde, creyendo que no me veía nadie, volví a aquella habitación y traté de imitar los gestos de mi madre, me puse su sombrero en la cabeza y me cubrí la mitad del rostro con el abanico; y así me sorprendió mi padre, que apareció de pronto con el uniforme de fascista y me espetó:

—¿Has hecho la gimnasia esta mañana? Tórax erguido, hombros atrás, brazos extendidos. Flexiones: uno, dos.

La gimnasia era una de las manías de mi padre. A veces nos hacía salir sin abrigo en pleno invierno; decía que los niños italianos no deben tener miedo del frío y tampoco del fuego.

Papá era todo un jefe. Y estaba orgullosísimo de serlo, además. Yo sólo lo recuerdo así: con camisa negra y grandes botas; y también como le vi una vez: completamente desnudo y corriendo para esconderse detrás de un armario. Siempre hablaba del Duce, repetía en casa todo lo que había dicho el Duce y quería aplicarlo a la vida familiar. Cuando era pequeña me armaba un gran lío entre él, el Duce y Julio César; tenía la impresión de que los tres eran

una misma persona. En esto influyó también el hecho de que, un año, en un libro del colegio pude leer: «El Duce es mi padre y mi madre». Se lo enseñé a mi padre para que me lo explicara, y me dijo que en efecto era así, que el Duce era el padre de todos nosotros, también el suyo, y que era aún más importante que la madre.

OLAF

Pero volvamos a los espíritus. La primera vez que apareció Olaf fue en casa de Valentina.

Nos habían invitado a mi marido y a mí para celebrar el regreso de Raniero (el amante de Val), después de tres meses en que nadie había vuelto a saber nada de él y todo el mundo estaba convencido de que aquella vez se había marchado para siempre. Entre otras cosas, porque había dicho que antes que vivir una hora más con Valentina, prefería pasarse el resto de su vida en los campos de exterminio donde había estado prisionero durante la guerra. A decir verdad, Raniero había hecho manifestaciones todavía más comprometidas en otras ocasiones, pero luego siempre volvía.

En el fondo, la relación entre Ran y Val no era más que una sucesión de estruendosas rupturas (cuando reñían destrozaban media casa), huidas de él, manifestaciones dramáticas e improrrogables de suicidio por parte de Val y, por último, nuevos regresos y reconciliaciones en las que invitaban a todos los amigos a comer, y de nuevo se tomaba una de las muchas sopas orientales que cocinaba Valentina.

Lo que también había ocurrido muchas veces es que a la vuelta de Ran se desencadenase una ruptura más catastrófica aún, porque, al volver a casa, éste la encontraba habitada por tipejos sospechosos y extraños, jovencitos indefinibles y jovencitas igualmente desconcertantes de aire adormilado que no se sabe dónde Val podría haber recogido y a los que invitaba a vivir en su casa para superar la angustia de la soledad y la tentación del suicidio.

Así pues, aquella noche Val y Raniero se habían reconciliado por enésima vez, y mi marido, que cuando quiere también sabe ser gracioso, había improvisado un pequeño discurso muy divertido; luego todos brindamos por Ran, por Val, por su amor inextinguible, y al tocar la copa de mi marido me sentí emocionada.

Valentina aquella noche me pareció más rara que de costumbre; de vez en cuando se quedaba inmóvil de repente y dirigía su mirada a uno y otro lado como si buscara a alguien. También en la cocina, mientras preparaba una sopa

georgiana de las suyas (ahora que lo pienso, no *se puede* descartar que fuera aquel mejunje lo que me hizo sentirme tan mal al final de la velada), se detenía con el cazo a medio camino y murmuraba:

—Los oigo. Están merodeando por aquí. ¡Cuántas presencias! Y entre ellas puedo distinguir una nueva. Es un espíritu que quiere comunicarse con nosotros, tiene que decirle algo a alguno de nosotros...

Luego sumergía el cazo en la olla y me sonreía con aire perdido, con aquellos ojos que miraban uno a la derecha y otro a la izquierda, como los de Venus.

Os diré que Val está convencida de ser una médium muy capacitada, y que a menudo nos reuníamos en su casa o en casa de la condesa de Tavernelle para hacer sesiones de espiritismo. Algunas veces Valentina caía en trance y después contaba bellísimos relatos sobre los paisajes que había visto y los personajes con los que había hablado.

Y así, también aquella noche, después de la cena, mientras nuestros hombres se quedaban jugando o charlando en el salón, nos fuimos escurriendo de una en una en el dormitorio de Val y preparamos todo para la sesión.

Estábamos Val, Alba, Livia, Chierichetta y yo. Chierichetta es un joven y lánguido pederasta bastante repugnante, que por entonces le hacía a Alba de modelo para un gran cuadro que estaba haciendo y que representaba el Paraíso. Había ocurrido lo siguiente: Alba había tenido una visión en la que se le apareció Dios como un hombre de gran belleza, completamente desnudo, supermusculoso y muy viril. Desde ese día, Alba, enardecida, no dejaba escapar ocasión para manifestar, levantando mucho la voz, que había llegado el momento de «devolverle a Dios su felicidad»; así que se había puesto a pintar con fanático impulso una serie de cuadros que, en efecto, pretendían dar fe de un «más allá» idéntico a la dimensión física, y donde se hacía el amor ni más ni menos que como en este mundo. Preparaba una gran exposición que, según sus palabras, sería el punto de partida de una nueva y definitiva escuela «neomística». Chierichetta en estos cuadros prestaba su tierno cuerpecito y su carita obscena a varios personajes celestiales.

En cambio Raniero sostenía que el proyecto de Alba sólo tenía como objeto que ésta pudiera llevarse a la cama a mocetones robustos y de pocos escrúpulos.

Nos sentamos pues alrededor de la mesita de tres patas en el dormitorio de Val, a la luz temblorosa de unas velas que alargaban desmesuradamente nuestras sombras en las paredes y en el techo.

Valentina había encendido también un palito «sagrado» de madera de sándalo que, pinchado en un crisantemo, humeaba silenciosamente, expandiendo en derredor un perfume dulzarrón que picaba en la garganta y hacía llorar los ojos. Desde el salón llegaban las voces de nuestros hombres que charlaban y reían.

Casi enseguida el velador se inclinó de un lado y se oyó un ligerísimo golpe sobre el tapete.

—Es un espíritu nuevo —murmuró Valentina—. Lo deduzco por la forma en que se ha movido la mesa. Nunca se había dado a conocer. —Luego, con los ojos cerrados y la voz ronca preguntó—: ¿Estás en paz con Dios?

—Desde luego —contestó el velador.

—¿Puedes decirnos cómo te llamas?

—Olaf —replicó la mesita.

Alba y Livia estaban de acuerdo en que era el espíritu de alguien nacido y muerto en Turquía.

—Eres turco, ¿verdad? —preguntó Val con dulzura.

—Turca lo serás tú —dijo el velador; luego se quedó inmóvil durante unos segundos y añadió—: Troya.

Nos quedamos en silencio, un poco indecisas.

—¿Te refieres a la ciudad de Troya? —preguntó al fin Alba muy amablemente.

Pero el velador no contestó y a mí me pareció ver en el suelo a mi izquierda, en una esquina de la gran alfombra, un trozo de cara siniestra con dos ojillos negros y maliciosos cargados de venenoso desprecio. ¿A quién se parecía aquella cara? Recordé a una monja, profesora de matemáticas en el colegio de las... Bastaba que aquella monja me mirase de esa forma para que yo me sintiera hundir en un terrible estado de desánimo y humillación. Aquella carita de color oxidado sobre la alfombra me producía la misma sensación. No dije nada para no asustar a las demás y también porque no estaba segura de si tan sólo se trataba de una fantasía de mi imaginación.

—¿Puedes darnos un mensaje a cada una de nosotras? —preguntó Val dando un suspiro—. ¿Puedes decirnos alguna cosa bonita que nos ayude a vivir, a entender mejor el sentido de nuestra vida?

—Sí —contestó el velador.

—Gracias, amigo. ¿Qué puedes decirle a Alba?

—¡Troya!

—¿Y a Livia?

—¡Putón!

—¿Y a...

—¡Cornuda!

—Vete en paz —siguió diciendo Valentina mientras acariciaba el velador con grandes signos de cruz; pero Olaf no quería marcharse y siguió golpeando el velador y lanzándonos insultos atroces a todas nosotras.

Por último me llamó por mi nombre y sentí un escalofrío. Tenía un mensaje para mí. Lo escuché temblorosa y Olaf entonces, con una serie de rapidísimos golpes, me dijo:

—¿Pero qué pintas tú? ¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza? ¡Pobre idiota!

La mofa, el sarcasmo y el desprecio que se concentraron en todo el cuarto llegaron a perturbarme hasta sentir que me ahogaba; me eché a llorar, me sentí mal e interrumpimos la sesión.

EL NOTARIO

Seguí sintiéndome muy rara y asustada también cuando volvíamos en coche a casa. Mi marido conducía en silencio, simulando escuchar la interminable cháchara de Alba. Decía que con sus cuadros mostraría a los hombres un Dios humano, humanísimo, igual que nosotros, físico, sensual.

—He pensado pintarlo con un cigarrillo en la boca. Sí, también fuma, como nosotros, y lleva a dos muchachas hermosísimas cogidas del brazo, una a cada lado.

Chierichetta lanzaba risitas llenas de excitación y Livia, escandalizada, se había dormido como un tronco y roncaba ruidosamente con la boca abierta, mientras yo seguía preguntándome cómo era posible que la aparición de Olaf me hubiera llenado de miedo hasta ese punto.

Al fin y al cabo, no era la primera vez que participaba en una sesión de espiritismo; por el contrario, estaba acostumbrada a este tipo de cosas por determinadas inclinaciones mías naturales a eso que la gente llama facultades de médium.

Desde niña, por ejemplo, era suficiente que cerrara los ojos para que enseguida se me aparecieran paisajes maravillosos; hasta llegaba a ver rostros de personas desconocidas, y con tal claridad que me parecía que podía tocarlas y ponerme a charlar con ellas. Una vez (tendría yo unos trece años), figoneando con una compañera en la buhardilla del colegio, en el polvillo de un rayo de sol vi a mi abuelo que me guiñaba un ojo maliciosamente con aire de complicidad. Y aunque sabía que había muerto hacía ya unos años, aquella aparición no me asustó; sólo sentí que el corazón me latía más fuerte, y cuando desapareció, me dejó una sensación de dulce melancolía.

¿Por qué, en cambio, la carita maliciosa de Olaf entre los arabescos de la alfombra me había perturbado tanto?

Y de pronto comprendí. Lancé un grito, dominada por un gélido terror, y me agarré fuertemente al brazo de mi marido, que frenó con brusquedad. Poco faltó para que cayéramos en un terraplén.

—¿Qué te pasa, tonta? ¿Qué ocurre?

Estaba temblando y me castañeteaban los dientes. Musité algo, pedí perdón, pero no dije lo que me había ocurrido. Permanecí silenciosa el resto del trayecto, mirando fijamente, con los ojos fuera de las órbitas, la carretera iluminada por los faros que avanzaba hacia nosotros, subiendo y bajando como las olas del mar; mientras, detrás de mí, Chierichetta seguía quejándose por el golpe que se había dado contra el respaldo del asiento, y Livia, que se había despertado, recitaba con voz de beoda los versos de su última poesía.

Fue sólo más tarde, ya en la cama, en medio de la quietud de nuestra casita, construida en un inmenso pinar, cuando me atreví a hablar con mi marido.

—¿Sabes por qué grité? —dije en un murmullo; pero él ya estaba dormido, así que no dije nada más. Apagué la luz, pero la oscuridad contuvo mi respiración; entonces busqué su mano bajo la sábana y la mantuve apretada entre las mías.

Aquel contacto y su respiración tranquila fueron calmándome gradualmente y me dormí.

¡*Olaf* se parecía de forma impresionante al *notario*! ¡Quizá era él! Tenía la misma piel de color herrumbroso, los ojillos cargados de malicia, la boca torcida.

El repentino y horrible recuerdo del notario fue lo que me hizo gritar de terror y agarrarme desesperadamente al brazo de mi marido.

No olvidaré en mi vida aquel gran cuarto tétrico, con la luz encendida incluso de día, repleto de cartapacios desde el suelo hasta el techo. Mi madre vestía de luto, con un velo negro que le cubría todo el rostro. Y detrás de una mesa como una plaza de grande, hundido en una butaca que parecía el trono de la bruja de Blancanieves, estaba el *notario*. Estiró el cuello hacia mí y me dijo:

—Querida niña, ha llegado el momento de que sepas algo sobre tu papá. El ciudadano ejemplar, el afectuosísimo compañero de tu madre, el intrépido fascista, el generoso e insustituible amigo, que al morir ha dejado entre nosotros un dolor inconsolable..., no era tu padre.

Tenía doce años, y ésta fue la forma en que llegué a saber que aquel señor con camisa negra y grandes botas, que me obligaba a hacer gimnasia con la ventana abierta incluso en invierno, no era mi padre; yo no era hija suya (y, como es lógico, tampoco del Duce), mi verdadero padre había sido otro, un individuo cuyo nombre nunca supe, y del que mi madre me habló con un

rencor tan lleno de vehemencia, de odio y de sed de venganza, que me eché a temblar intuyendo confusamente de qué forma debió amarlo si al cabo de tantos años aún seguía hablando así de él. Había desaparecido dejándola embarazada, y cuando yo tenía dos años, mi madre se casó con el jerarca.

Me sentí de pronto mortalmente humillada, extraña en mi propia casa, como si desde siempre hubiera sido un huésped poco grato; y desde ese momento la idea de encontrar a mi verdadero padre, o de que mi verdadero padre pudiera reaparecer para venir en mi busca y llevarme consigo, ya no me abandonó nunca. Hasta que llegó el día en que me casé.

MI MARIDO

Todavía hace poco tiempo, si os hubiera hablado de él, me habríais visto toda azorada; bastaba sólo con que pronunciara su nombre para que enseguida me arrepintiera de haberlo hecho, porque me invadía una especie de estremecimiento... igual que si fuera una chiquilla que se pone colorada cuando se habla en su presencia de su primer amor.

Y en efecto, para mí era exactamente eso: mi primer amor. Y quiero deciros enseguida que sabe hablar, sobre todo con las mujeres; yo sé distinguir inmediatamente, simplemente con oírle, cuándo está hablando con una mujer, porque su voz se hace más profunda y adquiere ciertos matices que conozco muy bien...

Cuando me pidió en matrimonio, me resistía a creer que fuera cierto que aquel chico tan guapo y elegante quisiera casarse precisamente conmigo. Le adoré. Porque «mi» marido me llevaba con él, me daba una casa que era mía, me «amaba», me «protegía», me daba «su» nombre... Sería mi amor para toda la vida, mi protección, mi marido, mi padre y todo...

Porque para mí el matrimonio ha sido esto: yo toda suya, él todo mío y sólo mío para siempre. El matrimonio me lo imaginaba y lo concebía únicamente así. Siempre me lo habían descrito de esa forma y no buscaba nada más. Él y nuestra casa. Siempre adoré nuestra casa. Ni a mi marido ni a mí nos gustaba vivir en la ciudad, así que nos instalamos en este pueblo de la costa, cerca de la ciudad. Un pueblo formado totalmente por extraños chalés entre pinos, donde cada chalé es distinto y a cada cual más misterioso.

Infinitos e inesperados chalés que se abren y se animan durante el verano; luego, todos a la vez, son cerrados y abandonados hasta el verano siguiente. Entonces, las largas veredas bajo los pinos aparecen desiertas y se camina entre jardines silenciosos, puertas y ventanas cerradas, fantasmales apariciones de alguna solitaria forma humana que surge al fondo del sendero y desaparece sin dejar rastro... Sólo habitan la zona los pescadores de la aldea de casuchas que hay junto a las dunas; los pescadores y los gatos. ¡Cuántos gatos! Todos los que vivían alrededor de los chalés cuando había gente, se

ven de pronto abandonados. Y entonces se crea entre ellos el armisticio del hambre, y dejan de pelearse. Llegan en manadas rodeando las pocas casas que aún permanecen abiertas para solicitar alimento y refugio.

Los hay de todas clases: un gatazo viejo y completamente ciego que se eriza sobre las patas traseras; algunas gatitas agitadas y audaces; grandes gatos de pelea, que son los más tímidos; gatitos pequeñísimos de todos los colores, que se lanzan sobre la comida con una rapidez y una audacia desenfrenadas.

En fin, el verde césped de mi chalé está siempre lleno de todo tipo de gatos durante esos meses.

Mi sirvienta Fortunata es la encargada de repartir el rancho; y cada vez tiene que hacer frente a un montón de mininos. También Fortunata es un caso único. Está casada con un pescador; tiene veinticuatro años, pero por lo menos se le echarían treinta y cinco. Es bajita, gorda y ya está medio desdentada; y siempre está embarazada. Pero mantiene una serenidad ante su ilimitada pobreza realmente contagiosa. Cada vez que empieza un nuevo embarazo, llora un poco, sobre todo por temor a que yo la despida; luego, en cuanto se convence de que seguirá en mi casa, vuelve a sentirse tranquila y contenta. Y también esto de dar de comer a los gatos con Fortunata era algo que me tenía ocupada y me divertía. Porque era feliz, y no había nada que pudiera perturbarme.

EL DESEMBARCO

El terremoto se produjo de repente la noche siguiente a la aparición de Olaf en casa de Valentina.

Durante el día había buscado todas las formas posibles para tratar de calmarme. Me decía (incluso en voz alta) que el notario, mi mamá con la cara oculta por el velo y la tremenda noticia de un padre desconocido, pertenecían al fin y al cabo a un pasado ya tan lejano, que era ridículo seguir sintiendo angustia por todo ello.

Ponía todo mi esfuerzo en borrar de mi mente el recuerdo de la cara de Olaf. Pensaba intensamente en una gran esponja amarilla empapada de agua, y la frotaba mentalmente sobre la imagen de Olaf; conseguía borrar su boca torcida, su nariz ganchuda, pero permanecía siempre en mi imaginación el destello de un ojo que me miraba malévolamente y fijamente desde el suelo, a mi izquierda. Hacía un día maravilloso. No parecía que estuviéramos en invierno: el sol era tibio, el cielo estaba azul y se respiraba un aire de primavera. Salí de casa para distraerme y me dirigí hacia el mar. Poco a poco, el aroma de los pinos, los magníficos colores del bosque y los saltos y volteretas de mis gatos, que me acompañaban en el paseo, me devolvieron la paz. Respiraba profundamente y tenía ganas de cantar. Ante mí el mar brillaba con fulgores de oro.

¡Qué alegría! Me eché sobre la arena caliente; estaba sola; no se veía ni un alma a lo largo de todo el vasto litoral. Dulces, reconfortantes pensamientos acudieron a mi mente para hacerme compañía. Más tarde, me volvería lentamente hacia mi casa y prepararía la cena para mi marido; luego, oiría el clacson de «su» coche y saldría para abrir la verja... El hermoso y rugiente coche se deslizaría suavemente con los faros encendidos sobre la vereda del jardín...

Y mi marido me abrazaría y me besaría... Siempre he tenido la sensación de que es la primera noche de nuestro casamiento... ¡Qué alegría, qué consuelo...!

Y de pronto se produjo el desembarco

Me di cuenta cuando ya era demasiado tarde: los invasores ya estaban preparados en la playa con armas y caballos. Me encontraba tumbada sobre la arena, al sol, y me había adormilado con una somnolencia densa y lúcida a la vez.

Los vi con toda claridad. Habían descendido de dos grandes embarcaciones de alta proa, totalmente pintada de monstruos y serpientes; pude distinguir muy bien sus caras de mongoles, con espesos bigotes, mejillas afeitadas y ojos de mirada feroz.

Montaban en caballos salvajes, a pelo; muchos de ellos vestían armaduras relucientes y otros corazas de cuero. Vi banderas pintadas igual que las proas de las naves, de una forma horrible, y el brillo de sus armas.

Durante un rato se quedaron muy quietos en una inmovilidad terrible y amenazadora, con el agua a media pierna.

El corazón me latía muy fuerte, estaba paralizada, me sentía los miembros como si fueran de plomo, y tenía la esperanza de que volvieran a subir a sus embarcaciones.

En cambio vi que empezaban a moverse, y algunos se lanzaron a galopar desenfrenadamente a lo largo de la playa como buscando el camino más fácil entre las dunas; los demás salieron lentamente del agua, y al llegar a la orilla se pusieron en fila.

Con un esfuerzo desesperado sacudí los miembros del entumecimiento que los mantenía clavados en el suelo, me levanté y huí hacia mi casa sin volver la cabeza atrás. ¿Era un sueño? ¿Había sido un sueño?

Aquella noche ocurrió algo irreparable. Todo comenzó con aquel nombre susurrado apenas en la penumbra del dormitorio.

La noche había transcurrido más bien tranquila. La inquietud del sueño vespertino se había esfumado. Mi marido y yo habíamos cenado solos como dos recién casados y la televisión transmitía un programa divertido. Me gusta mucho ver la televisión sentada junto a mi marido con sus manos entre las mías. Me siento la mujer más feliz del mundo... Luego, los dos nos fuimos a la cama. Él apagó casi enseguida la luz, tenía sueño, pobrecillo, trabaja durante todo el día. Yo cubrí con un pañuelo rojo la lamparita de mi mesilla de noche para atenuar la luz y así poder leer una media hora sin molestarlo. Me gusta leer. Sobre todo bonitas novelas de amor. Había un gran silencio sólo interrumpido muy de vez en cuando por el sibilante zumbido de algún avión que aterrizaba o despegaba en el cercano aeropuerto. Mi corazón latía sereno, empezaban a pesarme los párpados y sentía que una dulce

somnolencia se apoderaba de mí, cuando de repente oí que mi marido habló. Habló entre sueños. Primero dijo algunas palabras confusas, incomprensibles; luego, ay de mí, pronunció muy claramente un nombre. El nombre de una mujer. Dijo tres veces «Gabriella».

Me invadió un frío mortal. Permanecí inmóvil, con los ojos muy abiertos en la oscuridad, sin conseguir poner en orden mis ideas.

¿Quién era Gabriella...? ¿Quién podía ser...? Mil detalles surgieron de pronto en mi mente que fueron como mil cuchilladas. Una llamada telefónica que me había parecido extraña... Las ausencias de mi marido, que se habían hecho cada vez más frecuentes desde hacía cierto tiempo... Las justificaciones que me daba, con una naturalidad que ahora me parecía excesiva y sospechosa...

No pegué un ojo en toda la noche. Espiaba en la oscuridad la cara de mi marido tratando inútilmente de leer algo en él que me ayudara a comprender...

A la mañana siguiente, mientras se vestía, me anunció con el acostumbrado desparpajo que no vendría a almorzar... Sentí que casi me desmayaba, pero no dije nada... Antes de que saliera le pregunté a quemarropa y sin mirarle:

—¿Quién es Gabriella?

Tal vez hice mal, pero no pude contenerme.

Con el rabillo del ojo vi que se alteraba. Percibí claramente su turbación; una turbación que bordeaba el terror. Sin embargo, contestó sonriendo:

—Gabriella... ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver...?

En su voz había angustia, desaliento y recelo.

Hice un esfuerzo por sonreír y le dije:

—Esta noche mientras dormías me pareció oírte decir: «Gabriella».

Evidentemente se había esperado algo mucho peor. Se tranquilizó. Se echó a reír y dijo:

—¿Ah sí...? Qué cosas... ¡Vete a saber qué estaría soñando! —Y salió a toda prisa.

Cuando me quedé sola creí que me ahogaba. Necesitaba ayuda. Telefoneé a Valentina para que viniera enseguida.

Pero, como de costumbre, el «enseguida» de Valentina hay que medirlo por horas. Ella es así. Cuando llegó, traía puesto su consabido abrigo de piel que le llegaba hasta los pies, pero en esta ocasión se había colocado en la

cabeza una especie de gorrito de punto con tres picos, cada uno de un color distinto. Se interesó muy vivamente por lo que le contaba llena de angustia y se dio cuenta de que me encontraba realmente muy mal.

Me dijo que había tenido suerte... Sí, suerte, porque justo esa misma noche la sesión de nuestro grupo la iba a dirigir Bishma.

BISHMA, CASANOVA Y RODOLFO VALENTINO

Yo no sabía quién era Bishma. Valentina me explicó que Bishma era uno de los magos más poderosos y conocidos, una notoriedad, una especie de sabio de muchísima categoría, dotado de poderes magnéticos y supervisionarios excepcionales.

En efecto, el salón de la condesa Tavernalle, donde acostumbrábamos reunirnos para nuestras sesiones, estaba llenísimo. Pero era tan grande el respetuoso silencio que allí reinaba, que casi daba la impresión de que no había nadie.

Bishma estaba sentado en una butaca a la manera oriental. Llevaba una casaca blanca de cuello alto; enseguida me llamaron la atención sus ojos, agudísimos y profundos, y además, algo poco frecuente que flotaba a su alrededor, como si emanara de él una atracción indefinible. Hablaba italiano sin acento extranjero; y por lo demás, cuando lo conocí mejor, no ocultó que era italiano, aunque no dijo nunca de dónde era exactamente, como tampoco dijo nunca su verdadero nombre.

En la habitación, todos los ojos estaban fijos en su persona, aunque parecía no darse ni cuenta de ello, porque hablaba y se comportaba como si estuviera completamente solo.

Casi todas las personas que estaban allí eran mujeres: las señoras de nuestro grupo, Alba, Livia, Chierichetta, más algún que otro marido o amigo. Tengo que reconocer que, vistas así todas juntas, salvo dos o tres, en general no resultaban muy atractivas. La mayoría eran mujeres separadas de sus maridos, o divorciadas, o solteras. Había una actriz que había sido famosa veinte años atrás; y también dos o tres condesas o marquesas... En medio de todas estas mujeres, la presencia de aquel hombre tan guapo, tan fascinante y tan misterioso, creaba en el ambiente algo sensiblemente turbio; me di cuenta de ello enseguida por las voces, un poco alteradas, y por las preguntas que le

hacían por turno, todas más o menos referentes a problemas amorosos o sexuales.

Él contestaba a cada una en tono discreto, con una voz profunda, y siempre eran respuestas inesperadas y la mayoría de las veces simbólicas. Yo sólo escuchaba a medias; permanecía muy callada en un rincón, completamente dominada por una turbación cada vez más intensa, debido también a que dos o tres veces los ojos de Bishma se detuvieron sobre mí. Había vuelto la cabeza y me había mirado en cuanto entré, como si le hubiera atraído algo de mí; en una palabra, como si me hubiera «sentido»; y después, de vez en cuando, volvía a mirarme fijamente, y yo me sentía muy turbada.

La sesión comenzó hacia las doce de la noche. Sólo entonces me di cuenta de que a Bishma le acompañaba una médium —él la llamaba «asistente»—; era una mujer todavía joven, más bien guapa, vestida con un sari muy elegante. Los que debían participar directamente en la sesión fueron elegidos por Bishma uno por uno; y éste enseguida me señaló a mí la primera. Sentí una especie de contento y de orgullo como hacía mucho tiempo no había tenido ocasión de experimentar. Me hizo sentar a su lado; al otro se sentó su asistente.

Nos colocamos en cadena; y los fenómenos se produjeron enseguida, y con una rapidez y una evidencia excepcionales.

Oí como un fuertísimo golpe de aire contra la ventana; estoy segura de que las cortinas ondearon como velas hinchadas por una ráfaga de viento.

—Está aquí. Es lógico —oí que decía Bishma.

Estaba completamente doblado sobre sí mismo, y con un esfuerzo de concentración que hacía brillar sus ojos con un fuego intenso que le hacía aparecer realmente hermoso.

Luego, mientras la mesita se movía con una agilidad de animal salvaje, se manifestó la primera «entidad».

Pronunció un nombre que levantó un murmullo de estupor y expectación: «Giacomo Casanova».

Sin embargo, inesperadamente, otra entidad desconocida y perturbadora se interfirió en la comunicación. Una entidad burlona, irritante, cuyos mensajes parecían querer tomarnos el pelo a todos nosotros. Tuve la clarísima impresión de haber oído carcajadas a media voz; no sé si también pudieron oírlas los demás. No sé por qué, me acordé de mi abuelo.

Bishma estuvo luchando durante mucho tiempo para echar a aquel espíritu; su frente aparecía perlada de sudor. Por fin el perturbador desapareció sin darse a conocer; y entonces empezó para mí una aventura

inesperada y muy inquietante. Casanova habló; y ¡me habló a mí...! Se dirigió a mí y sólo a mí. El mensaje que me envió fue una auténtica declaración de amor: dijo que yo poseía una rara y secreta belleza... Una belleza que tan sólo un verdadero conocedor de las mujeres podía percibir... Una belleza que emanaba de mis excepcionales poderes hipersensibles, y que tenía su raíz en una feminidad sensual refinadísima...

Le pedí a Valentina que me acompañara a casa; estaba realmente alterada. Por su parte, Valentina parecía haberse quedado extasiada y me miraba con ojos llenos de asombro; por lo demás, no era la única que se mostraba asombrada. Cuando me marchaba, todas las miradas estaban fijas en mí; y Bishma me estrechó la mano durante un buen rato mirándome intensamente.

Me sentía como borracha. No había ninguna duda: había sido elegida entre todos los presentes y de forma muy destacada...

Y el caso es que seguí percibiendo aquella «presencia» a mi alrededor. Oía una voz muy seductora que me repetía aquellas palabras extraordinarias; en cambio Valentina no oía nada y seguía hablando, gimoteando y exaltándose...

Hasta tal punto percibía yo su presencia que estaba segura de que, después de la voz, aquella entidad aparecería. Y en efecto, nada más dejarme Valentina en la cancela del jardín, se me apareció Casanova.

Entró en casa conmigo. Al principio no vi más que una rica cascada de encajes blancos, un *jabot* immaculado; luego vi el espadín; y por último le vi a él. Me miraba con ojos sensuales, llenos de dulzura y arrobos. De alguna manera me producía temor; un temor muy cercano a la languidez, a la ternura...

Y puede decirse que desde ese momento se pegó a mis talones. Desaparecía y volvía a aparecer a las pocas horas o a los pocos minutos con la tenacidad de un obstinadísimo enamorado.

Me decía siempre las mismas cosas pero cada vez de forma distinta: que era diferente de todas las demás mujeres; que había en mi poderes extraordinarios; que encontraría muy pronto al hombre capaz de comprenderme y apoyarme, al hombre de mi vida, en una palabra. Y además repetía constantemente que era bella, que tenía unos hermosos ojos, bonitos cabellos, bellos senos...

También parecía cambiar de apariencia. Una vez lo vi vestido de torero, como Rodolfo Valentino, y hasta de jeque. Pero siempre era él, la voz era siempre la suya, y siempre vi los mismos ojos dulces, apasionados, perturbadores...

Un día le dije:

—Tú que me quieres tanto, ¿por qué no me ayudas?

Me contestó que era demasiado pronto para poder hacer cualquier cosa que le pidiera.

—¿Mi marido tiene una amante? —tuve el valor de preguntarle.

El espíritu no contestó enseguida. Por el contrario, se produjo un repentino y larguísimo silencio. Pero al fin deletreó un nombre:

—... Iris.

—¿Se llama así? —balbucí—. ¿No se llama Gabriella?

—Iris es el nombre de un espíritu, una entidad muy elevada —dijo Casanova—. Pronto se manifestará. Escúchala. Quiere ayudarte.

IRIS

En efecto, algunos días más tarde Iris me visitó. No apareció enseguida: empecé a sentir su presencia a mi alrededor; yo no la había visto nunca y no podía saber quién era, qué era... Bastaba el reflejo de un cristal, de un espejo... o incluso los reflejos del agua del mar... para que me hiciera estar a disgusto sentir su presencia a mi alrededor de ese modo, sin entender bien... Porque, por ejemplo, la primera vez vislumbré sus caderas en el espejo retrovisor del coche, o mejor dicho, su culo, un hermoso culo de mujer, blanco como la leche, con unas braguitas de encaje negro y un liguero también negro, como los que llevaban las bailarinas de hace un siglo... Por lo demás, también muchas otras veces, antes de verla a ella por completo, empezaba a ver uno de sus pechos; o sus piernas, unas hermosísimas piernas, largas y derechas, con medias negras de malla...

Luego, mientras trataba de entender por primera vez qué era lo que veía en el espejito del coche, de pronto la vi: estaba parada al borde de la carretera; el trigo estaba recién cortado, hacía muchísimo calor, y ella estaba allí, de pie, vestida igual que una *chanteuse* de aquellos tiempos, con una sombrilla abierta; y me hacía señas de que me detuviera, de que quería subir al coche. Yo sin embargo apreté el acelerador, pero casi enseguida la vi sentada a mi lado. Lo primero que hizo fue girar el espejo retrovisor hacia ella para mirarse; lo hacía con frecuencia; mientras hablaba, de vez en cuando se interrumpía de pronto para mirarse en el espejo de frente, de tres cuartos, de perfil... Porque era muy guapa y lo sabía; y se cuidaba muchísimo. De vez en cuando me preguntaba:

—¿Me encuentras guapa?

Yo le decía que sí y volvía a colocar bien el espejo, porque no podía ver nada; en el fondo me daba incluso un poco de rabia tener que volver a colocar el espejo en su sitio. ¡Pero era tan guapa...! Cuando se lo decía ella sonreía y me contestaba:

—También yo, francamente, me encuentro muy guapa.

Luego dijo de pronto:

—¿Quieres volverte tan guapa como yo? —Y al instante desapareció.

Fue por la noche, en la cocina, mientras preparaba la cena para mi marido con Fortunata, cuando de repente caí en la cuenta de que Iris se parecía muchísimo a la bailarina que había vuelto loco a mi abuelo.

¿También se llamaba Iris? Ya no me acordaba, pero me parecía que era un nombre muy semejante.

Cuando yo era niña, mi abuelo vivía aún; era viejísimo, pero estaba tan sano como una manzana. En casa siempre se le daba un poco de lado, debido precisamente a que unos años antes de que yo naciera, y siendo ya viejo, se había escapado con una *chanteuse*. Había sido una verdadera locura. Luego, uno o dos años más tarde, volvió; pero en la familia aquello, como es lógico, no se lo perdonaron nunca. Yo había oído hablar del asunto cuando era pequeña; y a menudo me imaginaba a mi abuelo, tan viejo como le conocía por entonces, escapándose con una hermosa cantante... Concretamente, se escapaba en una especie de globo aerostático, porque mi abuelo había sido uno de los primeros aficionados al nuevo arte del vuelo; acudía siempre a los experimentos de vuelo y tenía en casa un montón de tarjetas y fotografías que reproducían aquellos extraños aparatos voladores... Y, en mi opinión, el rapto de la bailarina ocurrió así: con un globo aerostático...

Me imaginaba un gran prado que tenía en el centro un globo fabuloso adornado con muchas banderas e iluminado con lamparillas chinas. Y de pronto aparecía mi abuelo corriendo y arrastrando de la mano a la bellísima bailarina; luego la levantaba en brazos, la introducía en el gran cesto y después también él saltaba dentro; por último, cortaba la cuerda y el globo ascendía hacia el cielo y hasta se llegaba a oír una música. Y en el prado se quedaban dando saltos de rabia mi madre, mi padrastro fascista, el Duce, el director del instituto con su gran barba roja y, en algunos momentos, también mis hermanas. Todos levantaban con furia los puños hacia el globo, que ya no era más que un puntito negro que aparecía y desaparecía en el azul del cielo. Pues bien, creo que Iris se parece realmente a la bailarina de mi abuelo. Y una vez se lo pregunté, le pregunté si de verdad era el alma o el fantasma de aquella bailarina.

Pero Iris me contestó de un modo extraño, entre irritado y equívoco. En general, nunca me contestaba cuando le hacía preguntas concretas sobre su vida. Además, debía de ser bastante mentirosa; fascinadora, pero mentirosa. Yo no sabía bien cuándo me decía la verdad y cuándo no; así que me sentía siempre incómoda.

Pero realmente era una mujer de los pies a la cabeza. Lo sabía todo: qué hay que hacer para gustar a los hombres, para conquistarlos, para hacerles sufrir. Conocía todos los secretos para ser bella o para conservar la belleza: las cremas, las aguas, los masajes... Cómo se colocan las flores; los perfumes que se deben quemar en casa. Algunas veces, cuando me quedaba en el salón tomando un *whisky*, de pronto empezaba a ver, entre el hielo y el cristal del vaso, sus largas piernas con las medias de malla; y luego aparecía ella y se ponía a colocar bien las flores o se tendía en el diván como una odalisca...

Una vez no vino sola: traía consigo a unas diez mujeres tan hermosas como ella. Todas eran famosísimas, como Helena de Grecia, Mata Hari, Semíramis, Taide... y había también una silueta negra con un pecho desnudo que me recordaba muchísimo la figurita del anuncio de las «*Pillules orientales*»; todas ellas eran mujeres espléndidas.

Yo no daba crédito a mis ojos; y mientras tanto Iris me decía:

—Fíjate bien... ¿A cuál de estas mujeres quisieras parecerte? Elige.

Yo, por mi parte, si realmente tenía posibilidad, elegiría a la misma Iris... ¿Pero acaso era posible conseguirlo?

—Los senos... —me dijo de pronto Iris una vez.

Me sobresalté, porque sólo con esa palabra había tocado un punto que para mí era doloroso.

—Los senos —siguió diciendo Iris— tienen que ser así y así...

Me dijo cómo tenían que ser unos senos «*sexy*» y cómo podían conseguirse. Dijo que conocía un secreto indio: consistía en ponerse cabeza abajo para que la sangre afluyera al pecho, y permanecer así por lo menos durante una hora, todos los días...

Yo siempre había tratado de seguir sus consejos: masajes, aguas, curas higiénicas, perfumes... También yo me compré medias negras de malla; pero en esta ocasión me quedé un poco dubitativa.

Sin embargo, Iris terminó por convencerme; y un día hice la prueba. Haciendo un gran esfuerzo, conseguí atarme por los pies a la rama de un árbol, en mi jardín, con una almohada en el suelo bajo la cabeza. Es muy difícil, tal vez con el tiempo termine una por acostumbrarse; pero quien no esté acostumbrada se siente realmente mal al cabo de un rato...

Sentí que me ponía morada. Quizá fue ésta la razón por la que, en un determinado momento, me pareció ver un *refulgir de llamas*, las mismas que se me aparecerían más tarde, como diré más adelante. Pero, mientras tanto, mi respiración se iba haciendo corta y pesada; quería desatarme, pero no lo conseguía... Por suerte me vio Fortunata y acudió en mi ayuda. Se quedó

estupefacta y asustada; no entendía nada, y al principio creyó que había sido atacada y sometida a aquella situación por algún salvaje...

Pero estoy segura de que es un buen sistema, si se sabe hacer. Y volví a probar, entre otras cosas, porque no quería darme por vencida; quería luchar...

Mi marido ya no hablaba en sueños. Yo me quedaba vigilándole a menudo mientras dormía; le miraba, permanecía a la espera, me torturaba siempre con la misma pregunta, que me había repetido mil veces: «¿Será verdad, no será verdad...?».

Esa pregunta me la hacía de día y de noche, en casa y por la calle... y fue precisamente en la calle donde tomé aquella decisión...

EL ABUELO

Me había pasado toda la tarde en el estudio de Alba.

Durante meses, Alba me había pedido insistentemente que posara para ella; quería prestar mi cara («mi expresión espiritual», decía) a uno de tantos personajes que inundaban sus lienzos neomísticos, y por fin cedí, un poco para cumplir mi promesa y un mucho con la esperanza de distraerme de los angustiosos pensamientos que me torturaban.

También acudía Chierichetta con un gran camisón blanco plateado y un lazo amarillo en la cabeza. En el centro del estudio estaba el enorme lienzo del Paraíso, el gran cuadro que, según Alba, no sólo revolucionaría las técnicas y el lenguaje de la pintura, sino que además daría un nuevo rumbo tanto a la filosofía como a la religión. Alba nos había reproducido más o menos a todos en aquel cuadro: reconocí a Valentina, a Raniero, a Livia... Y en el gigantesco y robusto muchachote completamente desnudo que dominaba todo el conjunto en medio del cuadro, me pareció reconocer los ojos oscuros y los hombros musculosos de un jugador del Lazio que había visto algunas veces en el Seiscientos de Alba.

En el cuadro, el muchachote que sonreía y fumaba con desenfado representaba a Dios.

El asunto me parecía completamente sacrílego, pero no dije nada. Alba me había hecho sentar en una especie de trono y me pedía con insistencia que desnudara mis senos, a lo que me opuse rotundamente.

Chierichetta estaba a mis pies, con un cirio encendido en cada mano, y también había un gran perro que murmuraba en sueños. Alba movía el pincel con mucha energía, fumando un cigarrillo tras otro y hablando sin parar sobre la condición física del Padre Eterno.

¿Pero realmente Dios podía tener la cara del jugador del Lazio?

¿Realmente Alba lo había visto así?

¿Y cómo era Dios para mí? ¿Cómo me lo imaginaba? Recordé un episodio de mi infancia, y de repente vi ante mí un gran postigo de madera polvorienta lleno de telarañas. Al otro lado del postigo estaba Dios. Por lo

menos eso era lo que yo creía. Pero el postigo estaba cerrado, tal vez tenía que haber llamado; por desgracia, en aquel momento, abajo, en el patio de butacas, se produjo un gran barullo, y yo estaba atada a una parrilla llameante y suspendida en el vacío... Aunque quizá es mejor que os cuente esta historia desde el principio.

Cuando yo era niña, todos los años, al final del período escolar, y antes de salir de vacaciones, en el pequeño teatro del colegio de monjas actuábamos todas las alumnas en una representación benéfica. Nos divertíamos muchísimo.

Aquel año las monjas nos hicieron representar un texto sagrado sobre la vida de una santa: una muchacha virgen que había tenido una muerte gloriosa sobre una parrilla entre llamas. Yo tenía una gran afición a interpretar; según parece, era la que lo hacía mejor, y más tarde la idea de que de mayor me dedicaría al trabajo de actriz se me quedó grabada durante mucho tiempo. También hoy, en el fondo, pienso a menudo que ése era en realidad mi verdadero camino; sí, creo que si hubiera seguido aquella vocación, habría encontrado en la vida todo aquello que, por el contrario, me ha faltado.

Ese año el papel de la santa de la parrilla lo hice yo. Probablemente aquella fue mi mejor interpretación: la de un ser tan bondadoso que se había dejado quemar, aceptando el martirio con alegría y perdonando a todo el mundo...

Cuando al final me ataban a una parrilla sobre unas llamas hechas con papeles rojos movidos por un ventilador, yo hubiera deseado realmente que el fuego fuera de verdad; estaba segura de que habría hecho lo mismo que la santa, que yo también moriría mirando al cielo feliz y gozosa, y que vería a Dios...

El día del ensayo general, cuando, atada a la parrilla, ésta fue elevada lentamente y por primera vez hacia el techo del escenario con una grúa (mientras abajo todos cantaban un canto sagrado), sentí que mi corazón latía muy fuerte... Pensé que quizá vería a Dios. La parrilla seguía subiendo, y yo, con las manos unidas y los ojos inundados de lágrimas, esperaba la deslumbrante visión... Luego, la parrilla se detuvo, casi tocaba el techo, y delante de mí, que estaba suspendida en el vacío, había un gran postigo de madera. Supuse que detrás de éste estaría Dios. Esperé rezando con el corazón en la garganta, Pero el postigo permaneció cerrado. Pensé que tal vez Dios no se me había aparecido porque aquello era sólo el ensayo general, y no la verdadera representación, pero que al día siguiente, durante la función, seguramente lo vería.

Me pasé toda la noche en oración con el fin de prepararme mejor para el encuentro; me confesé dos veces, comulgué, y aquella tarde, cuando las monjas me estaban vistiendo para la función, dijeron todas que mi rostro tenía una sonrisa realmente celestial.

Pero hacia el final de la representación, cuando la parrilla empezó a subir y en el patio de butacas se oía a las mamás sonarse la nariz a causa de la emoción, mientras yo, temblando de alegría y de temor, miraba el postigo que se iba acercando cada vez más... se produjo de pronto la de San Quintín. Oí la voz de mi abuelo que gritaba como un loco, y luego lo vi en el escenario agarrando la manivela de la grúa, y girándola luego furiosamente, haciéndome descender a trompicones. Estaba furibundo. Lanzaba insultos a todo el mundo, sobre todo a las monjas, a mi padre y a mi madre.

—¡Usad la parrilla para asar chuletas! —gritaba dando empujones a la superiora—. ¿Qué es lo que les enseñáis a estas pobres criaturas? ¿Qué pretendéis hacer con estas niñas inocentes?

Luego me desató de la parrilla y me gritó en la cara:

—¿Y tú qué? Te has emocionado mucho, ¿no es cierto, estúpida? ¿Te gustaría que te quemaran viva?

Se armó un escándalo tan mayúsculo que hasta llegaron a intervenir los carabineros. La superiora se desmayó en el escenario. Algunas monjas se habían postrado de rodillas para rezar, las niñas lloraban, y aquello parecía el fin del mundo. Hasta que, desde el patio de butacas, un señor altísimo, delgadísimo y con una espesa barba roja exclamó con voz tonante:

—¡Por el amor de Dios, profesor De Filippis, basta ya!

Era el director del instituto donde mi abuelo daba clases de literatura italiana. Mi abuelo, por tanto, se llamaba De Filippis. Y quizá fue este incidente, junto al otro todavía más sonado de su fuga con la *chanteuse*, lo que hizo que le alejaran, con un expediente disciplinario, de todas las escuelas del reino.

Hereje, ateo, comecuras, vicioso, vagabundo, ácrata, loco...

Siempre oí hablar de mi abuelo en estos términos, tanto en casa como fuera. Una vez incluso en la iglesia, desde el púlpito, el obispo de nuestra pequeña ciudad lo calificó de individuo amoral y peligroso, para sí mismo y para los demás.

¡Quién sabe! Quizá tenían razón. ¿Pero sería un tipo realmente así?

Han pasado ya muchos años y yo no he conseguido modificar mi recuerdo ni he sabido nunca qué era lo que debía pensar de él exactamente. Lo único que puedo decir es que cuando era pequeña, bien por la historia de la parrilla

(¡en el fondo me había impedido ver a Dios al otro lado del postigo!), bien porque toda la familia le miraba con recelo y lo juzgaba severamente, creí durante mucho tiempo que el abuelo también podía ser el demonio, o un amigo suyo muy íntimo. La manera que tenía de mirarme, de burlarse de mí, de tomarme el pelo... Ni siquiera sus bellísimos ojos de color azul celeste conseguían tranquilizarme.

Las pocas veces que me lo encontraba o iba a verle me sentía siempre incómoda; nunca sabía si hablaba en serio o en broma, si me quería o si se divertía burlándose de mí... ¿Qué más recuerdo de él? Una vez me llevó a ver los aviones; sobre el prado movido por el viento había un globo aerostático. Era amigo de todos los pilotos. Quería que me diera una vuelta por el aire, pero yo derramé todas mis lágrimas y entonces renunció diciéndome que era una miedica.

Lo que más escamaba a todo el mundo era su facilidad para entablar amistad con todo tipo de gente, sin distinción de clases o ni siquiera de costumbres. Gente completamente desconocida, con las profesiones u oficios más dispares, intimaba con él durante días, semanas o incluso sólo por algunas horas. Se pasaba la mitad del día hablando y hablando con desconocidos; tardes enteras, o noches y noches escuchando a personas absurdas; se entusiasmaba y hablaba de ellas en familia, cada vez como si hubiera descubierto yo qué sé. O también desaparecía y luego se sabía que había estado por ahí, haciendo largos viajes en tercera, durmiendo y comiendo de mala manera; pero a él le gustaba hacer esa vida y siempre volvía contento y feliz, contando cosas raras que había visto y personas no menos raras — para variar— que había conocido a saber dónde...

Cuando la historia con la cantante terminó como tenía que terminar, mi abuelo no volvió nunca a casa realmente. Vivía solo, cambiándose a menudo de un apartamento a otro; solían ser pequeñísimos apartamentos situados en viejos edificios, aunque alguna vez también se alojó en cuartos amueblados. De pronto aparecía en casa a comer o a cenar con la mayor tranquilidad, como si hubiera sido invitado, y luego se marchaba y no se le volvía a ver más durante mucho tiempo. Nunca faltaba, por ejemplo, en las fiestas anuales: ni en Navidad, ni en Semana Santa, ni en los cumpleaños; recuerdo que a mí me traía regalos fastuosos.

En los últimos años de su vida había recogido —no se sabe dónde— y hospedado en su casa a un chino. Un auténtico chino. Cuando iba a verle casi siempre estaba allí el chino. Nos recibía con una profunda inclinación, ceremonioso y sonriente, y a los niños nos causaba mucha impresión. Algunas

veces el abuelo no dejaba de hablar con el chino ni siquiera para atendernos, y nosotros nos quedábamos muy calladitos sentados en un rincón, sin entender una palabra de lo que se decían ellos dos...

Estos son los recuerdos que tengo de mi abuelo, pero su papel en esta historia no termina aquí.

OJO DE LINCE

Estaba hablando antes de la tarde que pasé en el estudio de Alba, posando para su Paraíso y escuchando sus interminables parrafadas sobre el Dios que ella había visto idéntico al jugador del Lazio.

Cuando salí de su estudio ya había anochecido. Pero no tenía ganas de volver a casa; oía repetir en mis oídos ininterrumpidamente aquel nombre de mujer pronunciado por mi marido entre sueños; me parecía verlo escrito en las paredes, en los anuncios luminosos... Y exactamente desde donde me hallaba, en lo alto de un tejado, pude ver ante mí un letrero en luz de neón que se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba.

La imagen se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba. Las bombillitas formaban esquemáticamente la figura de un hombrecillo con boina y una pipa en la boca y debajo decía: *Ojo de lince: investigaciones pre y postmatrimoniales.*

Mientras miraba el anuncio, me sorprendió por primera vez la idea de hacer la prueba.

Me quedé un buen rato viendo aparecer y desaparecer la imagen luminosa del hombrecillo de la boina, y confieso que me sentía turbada y tenía una gran tentación.

Porque lo cierto es que por primera vez había surgido ante mí, muy concreta, la posibilidad de salir de aquella incertidumbre que me envenenaba la vida y me quemaba la sangre. Saber. Podía saber. Estar segura, por fin, de si mi marido me traicionaba o no. Y exactamente con quién. ¿Y si sólo habían sido ideas mías...? ¿Por qué no? Podía haberme equivocado; y en ese caso, todos los tormentos, las rabias, las angustias y los insomnios desaparecerían de repente...

Pero ¿y si luego, en cambio, descubriera algo concreto...? Ni siquiera esta hipótesis lograba detenerme ya; sí, incluso este descubrimiento sería para mí un alivio; amargo y desolador si se quiere, pero un alivio al fin y al cabo...

Sin embargo había algo que me contenía de forma muy sensible: era una repugnancia instintiva; y también el miedo... En realidad, ¿cómo tendría el

valor de presentarme ante aquel tipo para contarle mis asuntos más íntimos, poniendo mi vida y la de mi marido en sus manos...? Hacer que le siguieran, que le espieran... Era algo repugnante, hay que reconocerlo...

Ya en casa, estuve mucho tiempo mirando aquella dirección y aquel número en la guía telefónica. Dos o tres veces levanté el auricular y volví a colocarlo en su sitio. Casi tenía la impresión de estar concertando una cita con un amante...

Por fin marqué el número, muy deprisa. Me contestó una voz algo ronca, que hablaba con lentitud. No di mi nombre sino uno que me inventé; pregunté de forma vaga cuál era el horario de visitas y colgué enseguida, casi sin esperar la respuesta.

Mi hermana no tenía ninguna duda. Me refiero a mi hermana la casada. La otra, Fanny, no es realmente la persona más adecuada para pedirle consejo en un caso semejante. ¡Estaría gracioso! Se habría reído en mi cara. Fanny quiere ser actriz; yo también hubiera querido serlo, pero no pude conseguirlo; en cambio Fanny ha hecho ya algunos ensayos y algún que otro pequeño papel; siempre tiene alrededor a un montón de adoradores... Pero en Adele sí podía confiar, en cierto sentido; porque Adele, que está siempre embarazada, y goza, entre la familia, de una especie de veneración, es capaz de comprender estos problemas conyugales. Mejor dicho, vive sólo de esto. Parece hallarse constantemente en un estado de absorta fantasía, como si estuviera en las nubes; y sin embargo no piensa más que en las papillas de los niños, en sus zapatitos y en cómo han hecho la caquita...

Con su característica voz pausada y uniforme, me dijo que debía haber pensado en ello incluso antes. Según ella, era lo único sensato que se podía hacer: desenmascarar a aquel sinvergüenza. Para Adele, la posibilidad de que mi marido fuera inocente ni siquiera existía. Sólo se trataba de ponerlo de espaldas contra la pared, ver cómo se ponía blanco, aplastarlo con los hechos en la mano...

Fue ella quien me acompañó, porque yo sola no habría tenido el valor suficiente para ir. Incluso hasta en el último momento, cuando estábamos ya en el portal —un pequeño portal oscuro y estrecho, en una casa vieja del centro—, yo quería volverme atrás. Discutimos durante un buen rato, en la calle, en el portal y por el pasillo; yo tiraba de una de sus mangas y ella me decía en voz baja que era una tonta; la enfurecía aquella discusión que manteníamos delante de la gente.

No creo que hubiera conseguido convencerme; pero de pronto vislumbré una extraña figura, como la de un fraile o un ermitaño, con una espesa barba roja y las ojeras hundidas, que me hacía un gesto perentorio y severo con la cabeza. Más adelante explicaré quién era. En fin, el caso es que me decidí y subí las escaleras sin darme cuenta.

La oficina, en conjunto, no era fea ni estaba sucia; las viejas habitaciones, muy amplias, como era costumbre en otros tiempos, habían sido modernizadas en cierto modo, con suelos de linóleo y muebles de estilo sueco. Me había imaginado que me encontraría con saloncitos separados; un aire más misterioso, en una palabra, algo policiaco... En cambio, nada.

Había un ordenanza, idéntico a todos los ordenanzas; nos dijo que el «abogado» en ese momento tenía gente.

Poco después salió una mujercita gruesa y pequeña, y el «abogado» nos recibió.

Además de la boina, que no se quitaba ni un momento de la cabeza, tenía también una barbita puntiaguda, cosa que en el anuncio luminoso, como es lógico, no se podía distinguir. Era muy bajito; más ancho que largo. Y la pipa la tenía sobre la mesa.

Yo le había dicho a mi hermana antes de entrar que hablara ella, como si se tratara de una cosa suya; estaba, en efecto, tan alterada, que no hubiera podido abrir la boca.

Fue al cabo de un rato cuando me di cuenta de que mi hermana estaba hablando muy serena y despiadadamente; me di cuenta porque el «abogado» la interrumpió pidiéndole las fotografías del «sujeto».

Las fotografías las tenía yo en el bolso; y en ese momento se hizo evidente que se trataba de mi marido. El «abogado» no me quitó los ojos de encima mientras estuve rebuscando en mi bolso; las manos me temblaban, pues, la verdad, tenía la impresión de que iba a quemarme al poner aquellas fotografías en manos del policía. Éste, mientras tanto, decía que debíamos confiar plenamente en él. Y nos habló de su experiencia, de la eficacia de sus colaboradores... Tuve que dar direcciones —la de casa, la de la oficina de mi marido—, informar sobre horarios, costumbres, etc. Tenía la sensación de que me estaba desnudando... Al final nos pidió un «depósito» de treinta mil liras.

Al bajar las escaleras me eché a llorar. Y mi hermana me dijo de nuevo que era una tonta. Probablemente tenía razón.

Ojo de Lince se había concedido unos diez días. Fueron unos días mortales. Ahora que había tomado la decisión, un deseo vehemente de saber me dominaba por completo.

Casi todos los días llamaba a mi hermana por teléfono, apremiándola para que se acercara a ver si ya se sabía algo. Ella, implacable, siempre se negaba, diciéndome que debía darle tiempo al investigador para que pudiera recoger todas las pruebas necesarias.

Siete días después recibí una llamada telefónica. No la esperaba todavía, y me cogió desprevenida. El hombrecillo de la boina me preguntó si estaba sola y si su colaborador podía visitarme dentro de media hora.

Fui presa del pánico. Llamé inmediatamente a mi hermana; luego a mi madre; luego a Adelina... Ninguna de las tres estaba en casa. Quería que alguna de ellas viniera enseguida a mi casa, y sin embargo, cuando aquel desconocido llamó a la puerta, me encontraba completamente sola.

Entró en casa un hombre de mediana edad, de estatura media, que llevaba unas guedejas de pelo peinadas a un lado para cubrir la calva. Tenía una cartera bajo el brazo. Me besó la mano, y tuve una extraña impresión: era como si tuviera ante mí a un carnicero vestido de frac.

Se puso a hablar casi en voz baja, lanzando de vez en cuando miradas de desconfianza hacia la puerta y con la actitud de quien está haciendo una visita de pésame en casa de un muerto; o la de uno de esos agentes de pompas fúnebres que se precipitan a llamar a una puerta en cuanto se enteran de que alguien ha muerto en la casa.

Abrió la cartera. Y a partir de ese momento he olvidado todos los detalles; ni siquiera recuerdo cuándo salió. Sobre la mesita había dejado un cartapacio: papeles mecanografiados, fotografías... Todo exacto. Todo inexorable. Calle, número y piso donde vivía esa mujer; profesión —era maniquí—, nombre, edad (veinticinco años); horas de los encuentros... La noche tal, salieron juntos a tal hora; cenaron en tal restaurante; volvieron a casa juntos a tal hora... El día tal, subieron juntos en el coche; de vuelta otra vez a casa, siempre juntos, a tal hora...

Allí se decía exactamente todo lo ocurrido durante siete días. Y con la cabeza dándome vueltas y los ojos sin ver casi nada, trataba aún, sin conseguirlo, de acordarme de dónde estaba yo, qué hacía, qué me había dicho mi marido como disculpa en aquellas mismas horas de esos mismos días...

Y además, para colmo, allí, sobre la mesita, delante de mí, estaba la fotografía de ella... de la otra: la cara que había tratado de imaginar infinitas veces y que ahora se había hecho concreta, real...

EL FRAILE

Al día siguiente, hacia las dos de la tarde, se me apareció de nuevo el fraile de la barba roja. El sol caía a pico y hacía calor bajo los pinos, un calor sofocante, espeso. Por los alrededores ya no se veía un alma, todo el mundo se había metido en su casa para dormir la siesta. Esa es la razón de que a mí me guste tanto salir precisamente a esa hora en verano: cuando sólo se oye cantar a las cigarras y el pinar tiene un aroma salvaje...

Por entre los pinos vi avanzar, muy pacíficamente, dos leones, tan inofensivos como dos grandes perros. Al principio los había confundido incluso con dos perros. Pero eran dos auténticos leones. Se acurrucaron a los pies del fraile, que se encontraba apoyado en un pino; estaba vestido con un sayo, iba descalzo y tenía una larga barba roja. Sus ojos eran de fuego, su rostro aparecía demacrado...

—¿Es usted el director del instituto? —le pregunté—. ¿Es usted el director que apartó a mi abuelo de todas las escuelas del reino?

Oí retumbar sus palabras como si fueran truenos.

Dijo que una cosa era perdonar las ofensas y otra muy distinta hacerse cómplice de los pecadores. Tolerar el mal significaba hacerse cómplices. Ser indulgentes con los pecadores significaba compartir su culpa, alentarlos, empujarlos a pecar todavía más. Esto no se debía hacer. El pecado merecía un castigo; el pecador debía ser abandonado a la venganza de Dios. Incomunicado, es decir, apartado, para que permaneciera solo con su culpa. Y era un deber demostrarle todo el desprecio y toda la desaprobación que su culpa merecía. Porque todo el mundo tiene la posibilidad de no pecar, y hasta de arrepentirse y redimirse después de haber pecado; pero quien no lo hiciera, debería sentir sobre sí el peso de la cólera de Dios y el desprecio de las gentes de bien.

Tenía toda la razón. ¿Qué podía esperar de mi marido comportándome como me había comportado? Desde luego nada bueno; mejor dicho, no tendría ningún derecho a asombrarme si un buen día me hubiera traído por las buenas su amante a casa. ¿No es cierto...? Al fin y al cabo me habían visto

ambos tan sumisa, tan amoldable... Se lo ponía todo demasiado cómodo, amigos míos.

En lugar de dormir, me quedé con la luz encendida y los ojos abiertos hasta que oí que se abría la puerta de casa y entraba mi marido. Eran casi las tres de la madrugada. Hasta las doce había conseguido leer y distraerme; pero de las doce en adelante las horas se me hicieron eternas. Y pensaba que Luigi estaría con su Gabriella, y que se levantaría de aquella cama para venir a acostarse a mi lado como un hermano; y la sangre se me subía a la cabeza. Sí, tenía razón el fraile, era algo intolerable, abyecto; y era necesario que mi marido se diera cuenta de una vez por todas. Que se avergonzara.

Luigi me encontró con los ojos como platos.

—¿Qué pasa? ¿No duermes? —me preguntó acariciándome una mejilla como suele hacerse con los niños.

No conseguí pronunciar una palabra. Se desnudó y se metió en la cama.

—Buenas noches —dijo, y apagó la luz. Poco después dormía tranquilo y feliz.

SUSY

Fue entonces cuando Iris se decidió a hablar claro. Hacía una noche magnífica. Había luna llena y el mar brillaba como la plata. Yo estaba sola en el agua sobre un patín. En medio de tanto fulgor vi surgir a Iris, que brillaba también; se había puesto todas sus joyas y parecía una virgen, con su cuello largo y elegante, su cabeza pequeña y redonda, de exuberante y hermosa cabellera y aquellos ojos suyos tan extraños...

Era muy alta; pero esa noche lo parecía aún más. Nunca vi tantas joyas juntas encima de una sola mujer. La verdad es que Iris tenía verdadera pasión por las joyas; todas las que le vi eran hermosísimas, y ella cada vez me contaba una historia distinta sobre tal collar o tal pulsera.

Aquella noche me dijo, toda rutilante, algunas cosas que en el fondo también yo pensaba desde hacía algún tiempo; pero fue ella quien me las aclaró.

Me dijo que si mi marido me había dejado, era por mi culpa. La belleza era importante, pero hasta cierto punto. Lo que realmente tenía valor en una mujer era saber amar. Poseer el arte de amar.

En su opinión, nosotras, las mujeres serias, no pensamos nunca en estas cosas; creemos que sólo conciernen, por así decirlo, a las putas. Y con el paso de los años nos damos cuenta de pronto de que nos hemos equivocado en todo, de que tenían razón las putas. Algo más importante que tener la casa en orden, ir al cine con el marido, ir con él de paseo los domingos... No quería decir que había que ser más putas; pero en fin, sí, en el fondo, sí, eso, ser más putas. Iris, naturalmente, no empleaba esta palabra; ella no se consideraba para nada una puta; decía «mujer de amor»; «arte de amar». Tenía muchísima razón. Me decía que aún estaba a tiempo, que no era demasiado tarde; que todavía podía aprender. Era un arte, sí, un verdadero arte. Decía que las mujeres japonesas y las hindúes lo aprenden como nosotras aprendemos a guisar.

Y por otra parte, embellecerse, llevar medias negras, usar cremas, darse masajes y todo eso, ¿no venía a ser en el fondo lo mismo...? En cierto sentido

sí, aunque fuera sólo el principio, la preparación. Desde luego, lo realmente importante era lo otro. Aprenderlo. «Se dice pronto», pensé. «¿Y quién te enseña?».

Aquella noche dijo Iris que hay mujeres que no tienen necesidad de aprender ese arte; nacen sabiéndolo ya todo. Como ella, que sabía todo desde que era una niña. Según ella, también había hombres así: no se reparaba en ellos, porque los hombres, a primera vista, parecen más o menos todos iguales.

—Pero en cambio —decía Iris— hay hombres que, aun siendo más feos que muchos otros, son amantes natos. Un hombre así es lo que te hubiera hecho falta. No se puede explicar, hay que vivir la experiencia de tener ese tipo de maestro; o de maestra.

Esta idea del arte de amar ya no se me quitaba de la cabeza. Y por eso hice amistad con la señora Susanna. Susy es como quiere que la llamen. Ya la había visto varias veces en el pinar, en las tiendas o en la playa; vivía no muy lejos de mi casa. Hasta llegamos a saludarnos de vez en cuando; pero nunca había tenido trato con ella, precisamente porque todo el mundo sabía que era una mantenida; y no de un solo hombre; tenía por lo menos cuatro o cinco amigos que se turnaban para visitarla; y algunas veces coincidían todos a la vez.

Un día en que me encontraba en la playa, percibí algo extraño a mi alrededor, como una corriente algo tensa... Observé mejor: una mujer acababa de salir de su caseta y se dirigía lentamente hacia el mar.

Era una mujer alta, hermosa, elegante.

Cuando llegó hasta donde estaba su sombrilla, se quitó el albornoz y pareció como si se hubiera desnudado. Aparte de las dos pequeñísimas piezas del biquini, no llevaba más que una pulsera de oro en la muñeca.

En sus formas no había nada vulgar; tenía un cuerpo de una belleza clásica, proporcionada, distinguida. Sus piernas eran largas y derechas, sus caderas bien torneadas, y tenía un culo hermoso, abundante y duro, sin que por ello resultara exagerado.

En fin, más que sus provocadoras formas, era todo su ser el que exhalaba una irresistible fuerza de atracción erótica. Un anchísimo radio de tensión se creó a su alrededor. Hombres de todas las edades la seguían con la mirada, más o menos descaradamente; las mujeres se habían puesto nerviosas, agresivas u hoscamente silenciosas.

La conocía de vista: era Susy, una mantenida de clase alta que vivía en un gran chalé no lejos del mío.

Susy extendió el albornoz sobre la arena, descendió hacia el mar y entró en el agua: parecía que no era consciente en absoluto de ser la causa de toda aquella silenciosa alteración.

De pronto, algunos jóvenes se sintieron dominados por un irresistible deseo de bañarse. Otros se tumbaron sobre sus toallas como perros haciendo la muestra.

Susy nadaba poco y mal. Realmente lo que hizo fue más bien chapotear un poco en el agua prudentemente, sin llegar hasta donde cubría; a veces dejaba asomar su cuerpo con el pecho semidesnudo, bronceado y brillante de agua. A su alrededor había varios hombres que nadaban en círculos cada vez más próximos a ella, bromeando ruidosamente entre ellos. Alguno le dirigió la palabra.

Susy le contestó muy serena y con naturalidad, y volvió a la playa.

Luego se tumbó sobre el albornoz, con una pierna doblada y los brazos en una posición de abandono.

Iba aumentando el número de hombres a su alrededor que se mostraban cada vez más agitados...

Me pareció oír la voz de Iris que me decía:

—Ahí tienes a tu maestra...

Y desde ese momento, casi sin apercibirme de ello con claridad, empecé a seguir con profundo interés todos los movimientos de Susy y de sus numerosos amigos. Por la mañana, cuando abría la ventana, mi primera mirada iba dirigida hacia aquella verja: siempre había un coche aparcado y casi siempre era distinto. En cuando oía el ruido de un motor que se acercaba o se alejaba, me levantaba de un brinco y corría hacia la ventana para espiar...

Mi deseo de conocer a aquella mujer, de verla de cerca, era cada vez mayor; pero había un montón de prejuicios que me contenían.

Una mañana, estando sentada en mi jardín, vi surgir de entre los matorrales un gran gato persa que me miraba con sus ojos dorados. Era uno de los muchos gatos de Susy. Me pareció una señal del destino. Lo cogí en mis brazos y me dirigí hacia aquel chalé.

La verja estaba entreabierta. Entré. El corazón me latía con fuerza. Era un jardín grande, exuberante, y al fondo había una piscina. Lo atravesé sin ver a nadie y entré en la casa.

Susy estaba hablando por teléfono, tumbada en un diván; como el respaldo la ocultaba, sólo veía asomar una mano enjovada de vez en cuando, o una larga y bellísima pierna que su dueña estiraba lentamente, jugueteando con la zapatilla... Estaba hablando con un hombre. Nunca me hubiera

imaginado que se pudiera hablar por teléfono con un hombre de aquella forma. Era una conversación telefónica tan cálida, tan sensual, tan apasionada, que parecía como si estuviera haciendo el amor.

Me quedé clavada en el suelo sin saber qué hacer: estaba azoradísima.

Después de colgar, Susy se quedó inmóvil y silenciosa durante unos instantes sobre el diván, como si descansara después de haber hecho el amor; luego se levantó. Bajo una bata muy transparente, su cuerpo aparecía completamente desnudo.

Mi presencia no pareció sorprenderla ni turbarla. Eso sí, se ocupó más del gato que de mí, besándolo muchas veces. Pero después fue muy amable conmigo, y pronto nos hicimos amigas.

Me enseñó la casa y el jardín, que estaban decorados con el lujo fabuloso propio de una villa californiana. Había focos de colores en el jardín, en la piscina y entre los setos; un gran bar totalmente acristalado, un dormitorio con cortinajes, sedas, alfombras...

En uno de los dormitorios había un huésped: era una amiga suya que, al parecer, estaba atravesando una crisis amorosa por haber terminado un gran amor. Lloraba con frecuencia y no quería ver a nadie.

Ya desde ese día, y hablándome precisamente de aquella amiga suya, Susy puso de manifiesto, sin proponérselo y sin darse cuenta siquiera, aquel aspecto de su personalidad que más llegaría a fascinarme y a sorprenderme: su gozosa y libre naturaleza de amadora, desligada totalmente de conflictos de celos, fidelidades y dramatismos.

Susy amaba con la misma naturalidad con que respiraba. Era la amante y la mantenida oficial de un gran industrial de mucha edad, pero todavía lleno de vitalidad y energía: inteligente, escéptico, sin pretensiones de que ella le fuera fiel.

Para ella, cualquier hombre podía convertirse, en el transcurso de pocos minutos, en un amante digno de ser recibido con deseo y con alegría; esto en nada alteraba el sincero afecto que la unía a su protector principal, ni su relación con sus otros amantes. En esta serena y pánica forma de amar, podía incluir con la misma sencillez incluso a mujeres, ya que la relación física para ella formaba parte de la simpatía humana y del disfrute de la compañía de otra persona. Este era precisamente el camino que me había sugerido Iris; y yo, fascinada y contagiada, creía de verdad haber encontrado una «maestra». Por lo demás, Iris empezó a aparecérseme a menudo, siempre sonriente y mostrándome su aprobación.

Salía muchas veces con Susy, que parecía haber entendido a la perfección, sin que yo tuviera que decirle nada en concreto, cuál era mi problema.

Un día Susy me llevó de compras en su coche. Iba a dar un *party* en su jardín, al que asistiría «Momi», su viejo protector, así como otros muchos «amigos». Susy se sentía feliz ante la perspectiva de esta reunión; hablaba con tierno humor de Cario, de Luigi, de Andrea, de Giovannella, y quería hacerles a todos un pequeño regalo.

Recorrimos muchas tiendas eligiendo y comprando corbatas, perfumes, foulards. Fue en el espejo de una de aquellas tiendas donde volví a ver fugazmente la *llamita serpenteante* que ya se me había aparecido en el jardín, cuando estaba colgada cabeza abajo para que me aumentara el volumen del pecho. Me quedé algo asombrada, pero Susy me estaba hablando y me pedía que la aconsejara sobre una corbata, y yo ya no pensé más en la llamita. Por todas partes, tanto en las tiendas como por la calle, señores mayores, jóvenes, dependientes, porteros, taxistas, en cuanto veían aparecer a Susy, se alteraban, se inmovilizaban, torcían el cuello, hacían comentarios en voz alta... Igual que los jóvenes obreros semidesnudos y tostados por el sol que trabajaban en el jardín de Susy y ante los cuales ella se dejaba ver semidesnuda y serena, con una complacencia desenfadada.

Un coche deportivo, conducido por un joven, se dedicó a seguirnos obstinadamente. Nos adelantaba, se detenía, se dejaba adelantar, volvía a adelantarnos...

Mientras tanto, Susy conducía y hablaba conmigo como si no se hubiera dado cuenta de nada. Por fin, en un cruce, los dos coches se detuvieron uno al lado del otro. Y en ese momento no hubo entre Susy y aquel muchacho más que un largo intercambio de silenciosas miradas.

Luego, de pronto, a Susy le entró la prisa. Volvió en dirección a su casa a gran velocidad, mientras el otro coche nos seguía a una discreta distancia. Al llegar a la verja de su casa, se despidió de mí rápidamente y entró.

Poco después vi que también llegaba el coche deportivo y se detenía. Aquel desconocido se bajó y también entró en casa de Susy...

Acudí al *party* de Susy con la sensación de que aquella noche iba a ocurrirme algo. Me hallaba en un estado de gran desasosiego y excitación.

El jardín de Susy tenía un aspecto magnífico. Luces de colores por todas partes, surtidores luminosos, camareros de chaqueta blanca... Susy sabía recibir muy bien. Conocía los mejores champañas, los mejores licores, la

forma mejor de guisar un faisán o una langosta. Había viajado mucho y conocía a gente muy exquisita. También esto me producía fascinación.

Había mucha gente, sobre todo hombres, naturalmente. Entre estos «amigos», que no sabían nada unos de otros, Susy se desenvolvía con una naturalidad y una facilidad tan carentes de malicia, que resultaba verdaderamente admirable. La única persona que tenía aspecto de saberlo y entenderlo todo era «Momi»: era un señor alto y delgado, con cabellos blancos y un rostro enjuto y bronceado; tenía los ojos claros y muy expresivos y una conversación llena de interés... Y sin embargo, contaba casi setenta años.

Entre los invitados había también un negro: un negro joven y maravilloso. Quizá me lo pareció porque ya había bebido un poco; o quizá influyera en mí aquel ambiente que lo impregnaba todo de un halo fascinante; el caso es que en mi vida había sentido una turbación tan profunda.

No tengo más remedio que emplear una expresión que me quema los labios, pero no encuentro otra; por primera vez sentí «el sexo». Algo que me resultaba animalesco y divino al mismo tiempo; una alteración de las fibras más recónditas de mi ser, un adormecimiento de la voluntad, de pensamiento, junto a una lucidísima tensión... De repente, comprendí de qué me había hablado Iris y de qué se alimentaba Susy...

Susy enseguida se dio cuenta de todo. Lo leyó en mis ojos, en mi rostro tenso y alterado, en mi voz... No sé cómo se las arreglaría, pero lo cierto es que al cabo de poquísimo tiempo aquel negro estaba sentado junto a mí y me hablaba. No conseguía escucharle ni contestarle de tanto como me obsesionaba pensar en aquel joven cuerpo de bronce, cuyos movimientos, ágiles como los de un espléndido animal, adivinaba bajo el traje de etiqueta.

No sé cómo ocurrió. No sé si fue Iris o Susy quien me acompañó hasta un dormitorio del chalé. Desde luego al principio fue Susy, con el pretexto de dejarme un chal; pero recuerdo que después Susy desapareció, y tuve la impresión de que en su lugar estaba Iris. El joven negro había entrado conmigo; estábamos solos, habían cerrado la puerta. Lo sentí junto a mí, muy muy cerca; sentí sus manos...

De repente vi que una gran llamarada surgía de la cama y ésta desaparecía; en su lugar había una parrilla de hierro, sobre la que se encontraba una joven atada y semidesnuda. Las llamas le rozaban la espalda, las caderas, las piernas; y ella, en medio de aquel horrible martirio, levantaba

los ojos al cielo con una expresión de sufrimiento atroz y al tiempo de sublime felicidad... Era la santa... La santa quemada viva... La reconocí enseguida...

Lancé un grito espantoso y me precipité fuera del cuarto. Seguía gritando, llorando y diciendo algunas palabras sin sentido, mientras Susy, acompañada de otros invitados, se puso a mi lado asombrada, asustada...

Como es lógico, creyeron que estaba loca. Rechacé todo consuelo, toda ayuda; y me puse a correr realmente como una loca hacia mi casa, atravesando el pinar a oscuras. Veía a mis espaldas aquella enorme parrilla en llamas, tan alta como los pinos, que me perseguía de cerca; y en lo alto, entre las copas de los árboles, el pálido rostro de la mártir, chorreando sudor y sangre, que me sonreía con una expresión atroz...

LA SANTA DE LA PARRILLA

Cuando llegué a casa, tenía la sensación de que aún me perseguía aquella parrilla en llamas.

Me hallaba en un estado de terror y desasosiego indescriptibles. Me encerré en mi habitación y me metí en la cama. Lloraba como una Magdalena; las visiones del negro, de Susy y de toda aquella gente me producían escalofríos, como si tuviera fiebre. ¡Aquella joven echada en la parrilla! ¡Aquellos ojos...!

Sabía que volvería a verla. Y en efecto, oí que me llamaban y comprendí que era ella de nuevo. No es que me llegara su voz, no; fue algo distinto, una necesidad irresistible de levantarme para ir al salón, como si me hubiera llamado.

Y efectivamente allí estaba, en medio del salón, en el lugar donde tengo una mesita baja sobre la que pongo las flores y las revistas.

Esta vez me quedé plantada en el suelo, mirándola fijamente no sé durante cuánto tiempo. Era jovencísima, casi una chiquilla. Su rostro tenía una expresión de infinita felicidad, resplandeciente y pura. Era algo tan increíble que me descompuso todavía más. Aquella expresión, aquella alegría... La alegría de una niña que está viendo el Paraíso. Me miraba; me estuvo mirando mucho rato con una dulzura desgarradora; yo esperaba que me hablara, que me dijera algo de un momento a otro; que me comunicase qué era lo que quería de mí, qué debía hacer; pero la santa terminó por volver los ojos de nuevo hacia arriba, en dirección al cielo, con un arrobamiento tal de sufrimiento atroz y de felicidad a la vez que no era humano.

Entonces intenté hablar. No oí mi voz, pero estoy segura de que le hablé.

—Me has salvado —le dije—. ¿Quieres que no vuelva nunca más con Susy? Guíame tú... Dime lo que tengo que hacer... Ayúdame.

Y de nuevo dirigió su mirada hacia mí; y hasta me pareció ver que movía los labios, como si estuviera a punto de decir algo... Pero no dijo nada. O quizá fui yo la que no conseguí entenderla, captar lo que me había dicho. Miró otra vez hacia arriba, hacia el cielo. Y en ese momento lo vi todo rojo,

como si se hubieran levantado de pronto unas llamas altísimas alrededor de ella; luego la envolvió una especie de viento de fuego, y por último también éste desapareció...

Aquella noche dormí en el suelo. Era una necesidad instintiva de mortificarme, de hacer penitencia. Dormí en el suelo y me desperté con los huesos rotos. Necesitaba volver a ver a la santa, hablarle y que me hablara. Esperaba con ansiedad y al tiempo con terror que volviera a aparecer. Y en efecto, la volví a ver de repente esa misma mañana. Había salido a hacer unas compras; entré, sin pensar en nada, en una tienda de asados y, de pronto, la vi allí mismo, sobre las llamas del horno, en el sitio del asador. Era ella, la santa, y estaba echada sobre la parrilla. De nuevo me miró fijamente, de nuevo parecía que quería hablarme; pero, mirando con dulzura hacia el cielo, desapareció, sin que yo consiguiera oír nada.

Me quedé petrificada y con los ojos fuera de las órbitas allí mismo, en medio de la gente; creo que hasta llegué a hablar en voz alta. El caso es que, cuando la santa desapareció, había dos o tres personas a mi alrededor que me miraban alarmadas. Una mujer me preguntó si no me encontraba bien; otra salió conmigo y luego me acompañó un buen trecho en el camino de vuelta. Yo caminaba a su lado sin darme casi ni cuenta de su presencia; ella me hablaba pero yo no le contestaba o le decía palabras incongruentes...

Una idea estaba empezando a tomar forma dentro de mí de un modo obsesivo; y era que algo seguía impidiéndome que me comunicara con la santa... Algo... Era seguro, segurísimo, que la santa tenía algo que decirme: un mensaje importante, quizá decisivo para mí, para mi vida, que yo no conseguía captar...

Tenía que estar en situación para comunicarme con ella. Seguir con la mortificación, con la penitencia. ¿No sería tal vez éste el camino que la santa me sugería? Con el fuego, con el sufrimiento de su mirada dirigida hacia el cielo... Sí, debía humillarme; cada vez más... Mortificar mi carne, renunciar, sufrir, no existía gozo mayor. Vi a una pobre vieja y, sin dudarle, le di todo lo que había comprado. A Teresa, mi sirvienta, que esperaba que le llevara la compra para guisar, le dije que se arreglara con lo que hubiera en casa: yo no iba a comer.

Y en efecto, no comí. Daba vueltas por la casa como una gata en celo, y buscaba instintivamente el sitio y la forma de hacer penitencia... Terminé por encontrarlo: era una especie de trastero debajo de la escalera donde habíamos tenido hasta gallinas; ahora estaba lleno de cajones rotos y papel de estraza. Me metí dentro; cerré la puerta, y me quedé allí, sentada en el suelo y casi a

oscuras; estaba incomodísima, pero eso era precisamente lo que quería. Esperaba que la santa volviera a aparecer de un momento a otro. Pero en cambio, ¡maldición!, se presentó Iris.

Estaba más hermosa y deslumbrante que nunca; pero me miraba con una media sonrisa de lástima que resultaba ofensiva.

—¡Muy bonito! —me dijo—. ¡Eres una joya...! ¿No te da vergüenza...? Estabas a punto de hacer la única cosa sensata en toda tu vida... y has huido... y ahora te encuentras aquí, en este gallinero... ¿Qué pretendes...? ¿No comprendes que esa joven es una aparición infernal...? ¿No has visto las llamas...? ¿La parrilla...? Esa chica está en el infierno... y quiere arrastrarte al fuego a ti también... ¿Pero no comprendes que la verdadera vida está en la alegría... en el amor...? Tú reniegas de todo, reniegas de Dios...

La escuchaba temblando, porque, de pronto, la idea de que se tratara realmente de una tentación diabólica se había insinuado en mi corazón... Pero la rechacé con todas mis fuerzas... Sabía muy bien que no era verdad... Sabía muy bien quién era aquella santa...

Le contesté a Iris con energía y hasta la insulté. Ella seguía sonriendo, al tiempo que canturreaba y se arreglaba el pelo con sus bellísimas y enjoyadas manos...

Luego desapareció, no porque yo quisiera echarla, sino porque justo en ese momento vinieron a visitarme mi madre y mi hermana Fanny. Adele, mi otra hermana, la que estaba siempre embarazada, ya debía de haber contado alguna cosa rara sobre mí, porque mi madre abrió con fuerza la puertecita del trastero y se quedó unos minutos mirándome en silencio. Mi madre, como ya he dicho, siempre me ha inspirado un respeto terrible. Por consiguiente, me sentó muy mal que me descubrieran en aquel sitio, entre el papel de estraza. Lo sé, siempre he pensado que estoy un poco loca; o que soy tonta de remate.

Salí del trastero a cuatro patas y las seguí hasta el salón. Sin embargo, mi madre no me dijo ni una sola palabra sobre el hecho de haberme encontrado allí metida; y eso me hacía temblar todavía más. La veía irritada, disgustada; tenía esa expresión altiva y distante que siempre me ha helado la sangre.

Y para colmo Fanny me miraba como se mira a una pobre idiota: de una forma algo parecida a como me miraba Iris...

De todos modos, me sentía tan dominada por el deseo, por la necesidad de concentrarme y quedarme sola, que hasta olvidé mis temores; lo que me estaba diciendo mi madre lo oía y no lo oía, cuando siempre suelo escucharla como si fuera un oráculo. En resumidas cuentas, me estaba hablando de mi relación con mi marido; y, como de costumbre, me echaba a mí la culpa de

todo. Decía que tenía que aprender a ser astuta, que no sabía tratarle, que terminaría por obligar a aquel pobre hombre a marcharse y buscarse otra mujer; y en ese caso, dijo que peor para mí, que me lo había merecido...

De pronto dejé de escucharla. Me pareció que su voz se alejaba.

Vi de nuevo el fulgor de las llamas, un poco en el cristal de la ventana, un poco en la chimenea, un poco en todas partes... Esperaba vislumbrar detrás de las cortinas la figura barbuda del fraile-director del instituto... con su barba roja y sus ojos de fuego...

Oí en mi interior una voz que me repetía: «humillarse, sufrir, humillarse, sufrir...».

Luego me vi junto a la amante de mi marido. La había visto fugazmente un par de veces, pero ni siquiera me acordaba bien de su cara. Además, como es lógico, no había estado nunca en su casa. Me la imaginé como si estuviera soñando: pero era un sueño muy definido, muy claro, que se asemejaba en todo a la realidad.

Me encontraba, pues, allí, en la casa de aquella mujer, y también estaba mi marido. Se hallaban semitumbados en un diván tan largo como una cama; y se tenían abrazados.

Yo la peinaba a ella dulcemente, con esmero, con afecto: sentía que mi corazón se había ablandado y estaba henchido de perdón, de comprensión, de humildad...

Luego cogía una palangana, me arrodillaba ante aquella mujer, le quitaba las zapatillas y me ponía a lavarle los pies... Al mismo tiempo miraba a mi marido con una dulce sonrisa, sin la menor sombra de rencor; y también mi marido me sonreía... Era una escena llena de dulzura por parte de todos; aunque una dulzura áspera en el fondo, al menos para mí, porque en mi interior sufría terriblemente al verlos tan unidos y abrazados en aquel diván; pero al mismo tiempo me sentía feliz de haber conseguido vencerme, humillarme... Quería sufrir todavía más; y entonces, como para satisfacerme, se abrazaron con más fuerza y mi marido iba haciendo resbalar la bata por los hombros de ella (que debajo estaba completamente desnuda) acariciándola y besándola...

Sí, aquélla era la parrilla... El fuego que me quemaba la espalda... Y yo, como la santa, dirigía hacia el cielo mis ojos inundados de lágrimas... Sentía, percibía con todo detalle el coito de los dos amantes, y perdonaba; ofrecía al cielo mi sufrimiento en una especie de alegría inhumana y terrible... Sí, aquél era el buen camino.

Y un día fui de verdad a casa de la amante de mi marido.

GABRIELLA

Me hizo esperar un buen rato en el salón antes de aparecer. Quizá tenía miedo. O quizá quería embellecerse todo lo posible para machacarme; eso era justo lo que yo quería... y ella sin saberlo...

Mientras tanto me puse a mirar a mi alrededor, y ya sólo ver aquella habitación y aquellos muebles me encogía el corazón. En el fondo, era la verdadera casa de mi marido, a la que él acudía en lugar de volver a mi lado... Había también un gran diván, muy parecido al que había imaginado... En conjunto, todo era bastante elegante, aunque de una elegancia algo vulgar.

Por fin Gabriella apareció.

Se mostró desconfiada, hostil, altiva. Me miraba de una forma extraña y me escuchaba en silencio, con una dura expresión en sus ojos.

Todo fue muy distinto de como me había imaginado. Quizá fue por mi culpa, pues no conseguí adoptar de ninguna forma aquel tono dulce y comprensivo de mi fantasía. Además, estaba azoradísima, y aquel silencio de Gabriella, aquella mirada suya tan fría y segura, detenían mis palabras en la garganta. En fin, fue una escena lamentable.

Yo quería decir, trataba de decir, que no debía considerarme una enemiga. No había ido a visitarla para ofenderla... para hacerle una escena de celos... ni para suplicarle que dejara a mi marido... Por el contrario, quería hacerle comprender que por mi parte no debía temer nada... yo estaba dispuesta a perdonar... a comprender... No quería sentir ni odio ni rencor... Pero me interrumpió diciéndome secamente que no entendía de qué le estaba hablando. ¿Mi marido...? Sí, lo conocía, se habían visto en algún sitio, a través de amigos comunes... eso era todo... No había absolutamente nada entre ellos. Nada.

En resumidas cuentas, lo negó todo. Hablaba con tal seguridad, con tal serenidad, y me dijo cosas tan convincentes, que yo ya no sabía adonde mirar de tan confusa como estaba. Porque empecé a creer que había cometido un error garrafal. Que había tomado por verdades lo que no eran más que unas vagas sospechas. Me puse a farfullar; ella se mostró un poquito menos altiva;

me dijo palabras aún más tranquilizadoras, y eso aumentó mi confusión y mi desconcierto. Me dieron ganas de llorar a causa de la gran emoción que tenía por el esfuerzo que había hecho y por la esperanza, cada vez mayor, de haberme equivocado de verdad. Terminé pidiéndole disculpas... Y salí dando con mis tobillos en todas las puertas.

Bajé las escaleras como borracha. ¿Nada? ¿Nada era verdad? ¿Me había atormentado inútilmente a causa de unos fantasmas? Me parecía volver a nacer, y no me atrevía a creérmelo del todo.

Cuando llegué a la portería, vi que entraba un señor. Me detuve de pronto, totalmente helada: era mi marido.

Pasó ante mí sin mirarme, sin verme. Contuve el aliento encogiéndome en un rincón oscuro de la portería; luego salí a la calle casi corriendo.

Conducía como si estuviera ebria; e inmediatamente Iris se sentó a mi lado.

—¿Has visto? —me dijo—. Esa es una verdadera mujer. No has aprendido nada...

Y se puso a cantar mirándose en el espejo retrovisor, con la mano enjugada sobre el pecho. Pero luego le entró un ataque de aburrimiento, de miedo.

—¡Ahí está ese pelmazo asqueroso! —dijo. Y desapareció.

En efecto, por el borde de la calle iba corriendo el fraile con los dos leones a su lado. Me miraba con sus ojos de fuego, muy amenazadores; oí que me gritaba algo repetidas veces...

Apreté el acelerador y, nuevamente, en el espejo retrovisor se reflejó durante un instante el trasero de Iris. Tal vez ahora estaba sentada detrás de mí; oí su voz unos instantes, y, luego, tanto su trasero como su voz se esfumaron.

La cabeza me daba vueltas. Detuve el coche en medio del campo. Bajé. Empezaba a llover y me puse a caminar un poco por la carretera brillante de lluvia. Noté que me seguía alguien. Lo reconocí enseguida por la voz: era Casanova. Volvió a decirme que yo era una mujer excepcional, estupenda; que mi marido nunca había sabido comprenderme, que el hombre de mi vida era otro, y que vendría... pronto... Volví a ver al fraile a lo lejos, corriendo a mi encuentro con los dos leones y el brazo levantado amenazadoramente; volví a subir al coche para huir de él. Pero tuve que frenar, y enseguida:

echada sobre el capó, vi de pronto a la joven santa con llamas y todo; me miraba con su acostumbrada expresión arrobada, de sufrimiento y felicidad...

Luego, también la santa desapareció. Sin embargo, durante un buen rato permaneció el resplandor de las llamas en el espejo retrovisor y en todo el coche. Yo seguí conduciendo desesperada, mientras oía a mis espaldas la risa de Olaf que me insultaba y se burlaba de mí...

La lluvia se había hecho torrencial. Repentinamente, en medio de la carretera desierta y triste a causa de la lluvia que caía a cántaros, distinguí un gran paraguas que parecía caminar solo. Debajo de él había dos niños que se apretujaban uno contra otro, con las caritas rojas semiocultas por las puntiagudas capuchas de sus impermeables.

Pensé que eran mi salvación. Detuve el coche y les hice subir: ya no podían más. Treparon al asiento trasero como dos perritos, y durante un rato estuvieron muy callados y sin moverse apenas.

EL CHINO

Pero pronto tomaron confianza y contestaron a mis preguntas. Iban a la escuela, situada en una casa de campo de los alrededores. Sacaron de las carteras algunos libros y cuadernos para enseñármelos. Uno de ellos era un libro de cuentos: Caperucita Roja, la Bella Durmiente del bosque... Los cuentos de mi infancia, los que me contaba mi abuelo.

Empezaron a reírse y a bromear entre ellos; se trataba de un juego que se mezclaba con las imágenes del Lobo, del Ogro, del Príncipe, con tanta vivacidad y tanto realismo en su trama, que casi parecían estar presentes en el coche aquellos personajes de cuento... Me detuve ante un grupo de casas entre las que se encontraba la escuela. Pero llovía con tanta tuerza que me bajé con ellos para acompañarlos y ponerlos bajo techo, y con ellos entré en la pequeña escuela de pueblo.

Era todavía pronto: evidentemente, la lluvia torrencial mantenía aún alejados tanto a la maestra como a los alumnos. El aula, por lo tanto, estaba desierta; los dos chiquillos desaparecieron casi enseguida riendo y bromeando, y yo me dispuse a esperar a que escampara un poco.

Me senté al sesgo en uno de aquellos pequeños pupitres y me quedé mirando la pizarra, los carteles con figuras de colores, los tinteros, la tarima con la mesa de la maestra... Y hete aquí que de pronto se abrió la puerta, y en lugar del bedel entró aquel chino amigo del abuelo.

Hizo una gran reverencia, obsequiosa y sonriente como era su costumbre, y cedió el paso a mi abuelo, sí, al abuelo precisamente; éste, con una media sonrisa, fue a sentarse en la mesa de la profesora, dedicándose a mirarme con los ojos semicerrados, socarrón e irritante...

Me habló lo mismo que me hablaba en otros tiempos, es decir, de una forma tal que yo nunca sabía muy bien si estaba siendo cariñoso o irónico conmigo. Su humor me parecía sacrílego, hacia todo y hacia todos; sin embargo, así como nunca se me había pasado por la cabeza confiarme con Iris o con la santa, y mucho menos aún con el fraile y todos los demás, de repente

me sentí empujada a confiar en mi abuelo, a contarle todo y a desahogarme de una vez...

Le dije que no podía más. Que todo el mundo se había burlado de mí, Iris, Casanova, la santa, todos; me habían arrastrado hacia direcciones opuestas y contradictorias, y yo ya no sabía a quién hacer caso, hacia dónde dirigirme, qué hacer en la vida... Ya no sabía bien dónde estaba el bien y el mal, lo justo y lo injusto...

Cuando dije «bien, mal, justo e injusto», el abuelo sonrió con más franqueza y encendió un puro. También el chino lanzó una amarillenta risita.

Pero yo, que por fin me sentía en familia, seguí hablando.

—¿Por qué —dije— Dios no me ha hablado directamente, en lugar de enviarme a esos mensajeros falsos y mentirosos? Yo necesitaba salvarme, salir de aquel laberinto. Y sólo Su voz, la voz de la Verdad podía ayudarme... Tenía derecho a saber.

En el fondo, yo era una mujer distinta de las demás. Y tenía más cualidades que muchas otras personas. Veía y sentía cosas que nadie suele ver ni sentir. Entonces, ¿por qué no habría de permitírseme hablar directamente con la Verdad? Esperaba que mi abuelo se riera en mis narices; en cambio, asintió con aire grave.

¿Hablar directamente con Dios...? ¿Y por qué no...? Naturalmente. ¿Pero hablar cómo...?

—Para hablarle es preciso que te pongas en contacto con Él; es decir, que Él tome formas humanas que sean comprensibles para ti; y que se explique humanamente... De lo contrario, ¿cómo vas a entenderle...?

¿Verlo...? En ese momento tuve la sospecha de que estaba de nuevo tomándome el pelo; pero el abuelo parecía muy serio. Y, por otra parte, lo que decía era razonable. Entonces, ¿de verdad podría verlo...?

El abuelo asintió nuevamente.

—¿Pero cómo lo quieres ver? ¿Cómo quieres que se te aparezca para no asustarte? ¿Con túnica...? ¿Con ropa moderna?

Yo seguía sin entender si era una broma malévolas o no; pero me sentía como fascinada, como impulsada hacia adelante, impulsada a contestar como si creyera en ello; y en el fondo me lo creía realmente. Y el corazón me latía muy fuerte, con unas palpitaciones tremendas.

—De acuerdo —dijo el abuelo—; yo me encargaré de ello. Tienes razón: la única manera de tener una opinión acertada en la vida es la de dirigirse directamente a la Verdad Suprema. Yo te ayudaré. Dios vendrá mañana, mañana por la noche, a visitarte; lo mismo que he venido yo, o Iris, o la santa

quemada. Prepáralo todo, prepárate tú también para esperarlo. Se te aparecerá bajo una forma comprensible, humana; y vestido de una manera que no pueda asustarte. Mañana por la noche.

Hubiera querido hacerle todavía mil preguntas, pero se fue. Así que me quedé sin saber si realmente tenía que creerle o no, y cómo tenía que comportarme...

LA AHOGADA

Cuanto más pasaba el tiempo más me convencía de que el abuelo mantendría su promesa. Estaba en un estado de enorme excitación. Empezaba a hacer una cosa, y la dejaba y empezaba otra... Salí de casa sin motivo tres o cuatro veces; ordené veinte veces las habitaciones. Di brillo a todo aquello que caía en mis manos; compré flores y las coloqué por todas partes. También había comprado velas, y las coloqué en dos grandes candelabros; pero, después de haberlas encendido, las apagué todas, porque me pareció pueril recibir a Dios como si hubiera entrado en la iglesia.

Me cambié dos o tres veces de vestido. Y también de peinado. Me sentía muy insegura: ¿debía llevar un vestido y un peinado modestos, sencillos? ¿O en cambio era mejor un recibimiento más formal, como para cualquier visita de respeto? Terminé decidiéndome por una cosa intermedia: me puse un vestido negro, elegante, pero sencillo; y ninguna joya: sólo una flor en el talle.

Y, sobre todo, quería estar completamente sola. Hice salir a todo el mundo, y a partir de una determinada hora me encerré en casa, descolgué el teléfono y me quedé esperando.

Aquéllas fueron para mí unas horas terribles. Era de noche y cada vez se oía menos gente por la calle; me pareció que en toda la casa reinaba un profundo silencio. El tiempo no pasaba nunca y crecía mi ansiedad. Ya me había convencido de que Él vendría; ni siquiera lo ponía en duda. Durante un segundo sentí un verdadero escalofrío de terror: oí llamar a la puerta. Me quité los zapatos y fui de puntillas a ver quién era a través de la mirilla. Era Marchetta, maldita sea. Me quedé callada e inmóvil, mientras Marchetta convencido de que yo estaba en casa, seguía y seguía tocando el timbre. Finalmente se fue.

Luego llegó la hora a la que se cerraba el portal, y por consiguiente ya nadie podía subir.

Me asomé a la ventana. La calle estaba casi desierta y medio a oscuras. Se oían algunos pasos al fondo, sobre la acera. Pasó algún coche que otro. Me sentí cada vez más sola y asustada.

Me quedé sentada en una butaca hasta la una. Cuando sonaron las doce, volví a tener esperanzas durante algunos segundos; pero enseguida me dije que aquella idea de asociar las doce campanadas con las apariciones ultraterrenas era completamente infantil.

Y en efecto, no vi nada; no había nadie. Y entonces me dije que una vez más el abuelo se había burlado de mí, y de la forma más cruel e indigna. En comparación, las mentiras de Iris no eran más que ingenuas invenciones. Y segura ya de que Él no vendría ni aquella noche ni nunca, sentí nacer dentro de mí un gélido y mortal desaliento. Estaba claro que no había ninguna esperanza de salvación.

Me hallaba en un laberinto y debía seguir en él. Un loco terror se apoderó de mí. Un cansancio, un agotamiento...

Apagué las luces, me dirigí a mi dormitorio y me puse a desnudarme lentamente.

Y de pronto, de pie y junto a la cama, vi una figura femenina. Era una muchacha pálida, que llevaba las ropas manchadas de barro y chorreando un agua grisácea; sus cabellos estaban pegoteados a la cara también a causa del agua, y hasta los ojos aparecían acuosos y tristes; y era una tristeza tan sobrehumana que no se puede expresar con palabras. Bastaba mirar aquellos ojos para sentir el peso de una angustia terrible.

No la reconocí enseguida. No había vuelto a verla desde entonces, cuando teníamos las dos diecisiete años y ella se había arrojado al río por un desengaño amoroso. Había sido mi mejor amiga; se llamaba Laura. Recuerdo que cuando vinieron a decirme que se había ahogado, no quería creerlo. La había visto incluso dos días antes; nos habíamos hablado por teléfono la noche anterior y habíamos quedado en vernos... Y ahora estaba muerta, se había suicidado. No podía crérmelo, no lo creí. El funeral se me quedó siempre grabado en la memoria: había sido como un sueño, un mal sueño, irreal y angustioso. Y no había querido verla en su lecho de muerte.

La habían rescatado del agua al cabo de dos días; y sólo a los familiares más próximos y a los amigos íntimos se les había dado autorización para visitar la capilla ardiente.

Recuerdo el cortejo fúnebre, sin curas, puesto que Laura era una suicida; las flores, la entrada al cementerio... Hacía un día radiante. Y ahora estaba allí, ante mí. Me habló. Hablaba pausadamente, con una voz triste y monótona. Me dijo que nada era verdad; que del otro lado no había más que niebla, grisura y soledad. Y una tristeza desoladora, sin voces, sin relaciones; un error sin objetivo, sin esperanza... ¿Dios...? Nunca había tenido el más

remoto indicio de su existencia; nadie, por otra parte, hablaba nunca de ello; nadie tenía la menor noción ni noticia... No, Dios no existe... No existe...

Desapareció muy pronto; me pareció que el dormitorio se había vuelto tan gélido como una nevera, hasta el punto de que me castañeteaban los dientes...

EL ASEDIO

Avanzaban despacio. A veces vislumbraba el brillo de sus armas por entre los matorrales; de noche, el resplandor de sus fuegos rompía la oscuridad del bosque. De manera que no había sido un sueño. Habían desembarcado realmente, y en ese momento estaban formando un gran círculo alrededor de mi casa.

Cada vez resultaba más evidente que me estaban asediando a mí; precisamente a mí. Una tarde, cuando se estaba poniendo el sol, vi venir a uno de ellos hacia el chalé a galope tendido: se detuvo de pronto a la entrada del jardín, miró la casa, los alrededores, me miró también a mí un buen rato, lanzó un corto grito gutural y, girando el caballo, volvió a desaparecer en el bosque con la misma velocidad desenfrenada con la que había venido.

Me quedé aterrorizada. Era la primera vez que veía a uno de cerca, y su aspecto era verdaderamente espantoso.

También su caballo, a diferencia de todos los que había visto siempre, parecía un animal feroz: arisco, con ojos de fuego, rezumando una fuerza salvaje.

La idea de lo que podría ocurrirme si cayera en manos de aquellos hombres se apoderó de mí y ya no me abandonó. Se fue haciendo cada vez más obsesiva a medida que los oía aproximarse inexorablemente formando un cerco alrededor de mí.

Empecé a quedarme vigilando de noche, encogida bajo las mantas, con las orejas bien abiertas, mientras mi corazón latía con fuerza. A ratos oía sus voces, así como sus cánticos, que parecían gritos de muerte. Y por último me pareció oír un ruido sordo, hueco, reiterado, que venía de debajo de la tierra: era como si alguien estuviera cavando sin descanso en mi dirección.

Quizá estaban construyendo una galería subterránea para aparecer de pronto en mi jardín o incluso dentro de la casa... O quizá querían minar la casa desde sus cimientos...

No eran sospechas infundadas. Pronto apareció la primera grieta en la pared de la cocina. Otra la descubrí una mañana en el techo del cuarto de

baño. Y el ruido iba en aumento; ya llegaba a oírlo hasta de día.

En ese momento se hallaban a una distancia de unos cincuenta metros de la casa.

EL FINAL

Esta noche mi marido se ha marchado.

En contra de su costumbre, había venido a cenar; hacía mucho tiempo que raramente lo veía a la hora de la cena. Y ésta fue una cena silenciosa, que me produjo palpitaciones precisamente por aquel silencio.

Percibí que me lanzaba rápidas miradas; tenía la cara tensa, y yo presentía que algo grave iba a ocurrir de un momento a otro.

Nos levantamos de la mesa; yo encendí el televisor.

Mi marido no conseguía permanecer sentado. Se levantaba, se paseaba, volvía a sentarse... Cuando le dirigía la palabra, me contestaba con una amabilidad excesiva, casi con ternura; y eso me asustaba todavía más. Por lo demás, bajo las voces y los ruidos del televisor, podía oír con toda claridad el ruido sordo y hueco de los que estaban cavando la galería subterránea; y era un ruido tan evidente, que me parecía imposible que mi marido no se diera cuenta.

Por fin me dijo que se sentía agotado y necesitaba descansar. También, según dijo, se lo había aconsejado su médico. Un período de reposo, de soledad...

Al pronunciar esta palabra, que se había escapado de sus labios sin querer, hizo un gesto nervioso: giró rápidamente el interruptor del televisor y las voces se apagaron. Sólo quedó el reflejo de las imágenes en la pantalla color blanco azulado, imágenes silenciosas e irreales, mientras nosotros permanecíamos en silencio.

Luego, como si fuera otra persona la que hablaba en mi lugar, le dije que, por supuesto, no se iba solo: se iba de viaje con aquella mujer, con su amante. Le dije que lo sabía todo desde hacía mucho tiempo; que le había visto entrar en casa de aquella mujer con mis propios ojos...

No lo negó. Pero su amabilidad, su ternura, desaparecieron de pronto; su mirada se volvió dura y fría. Evidentemente estaba preparado para cualquier explicación y dispuesto a defenderse.

Me pidió disculpas. Pensaba que, precisamente, una temporada de separación sería algo útil y bueno para ambos: nos daría la oportunidad de reflexionar y de ver con mayor claridad muchas cosas.

Sentí que la tierra se hundía bajo mis pies. Había dicho la palabra que desde hacía mucho tiempo había esperado con terror: «separación». Ya estaba, habíamos llegado hasta allí. No se trataba de hacer un viaje con su amiga, como yo me había hecho la ilusión de creer al principio, sino nada menos que de separación...

Mi cara le asustó. Quizá creyó que estaba a punto de desmayarme. Turbado, trató de protestar, de tranquilizarme: no había querido decir que se iría para siempre, sólo pretendía alejarse por un tiempo... aislarse..., interrumpir la doble vida que se veía forzado a llevar y que ya no podía soportar... Un intento, en fin, de resolver de alguna forma aquella situación insostenible... Nada definitivo... nada irreversible.

Y cuanto más hablaba más me sentía morir; porque lo único cierto que se podía colegir de sus palabras era su imposibilidad de dejar a aquella mujer... Para conmigo la ternura, la compasión, tal vez algo de remordimiento; con la otra, un entendimiento profundo, que me separaba ya de ellos sin remedio como un muro inaccesible.

Se fue aquella misma noche. Oía sus movimientos al otro lado de la casa mientras se preparaba la maleta; lo oí salir de casa. Ni siquiera vino a despedirse; evidentemente no tuvo valor.

En la pantalla blanquiazul las imágenes seguían moviéndose en silencio. Y el ruido sordo de la galería subterránea aumentaba más y más; en ese momento lo sentía justo bajo el suelo. No me había vuelto a mover de la butaca; me levanté y fui a mirar afuera.

Sí, ya habían llegado hasta allí, estaban a unos cincuenta metros de la casa. Veía a varios de ellos detrás de las plantas. Todos tenían el mismo aspecto terrible. Estaban colocando unos extraños artefactos bélicos, de madera y hierro; y cavaban una larga fosa alrededor de la casa, para impedirme la huida...

En casa no había nadie. También Fortunata había salido. Así que estaba sola. Sola para toda la vida. Sabía perfectamente que mi marido no volvería nunca más. Se acabó. Nada más, nadie.

Me puse a dar vueltas por la casa. En el dormitorio había mucho desorden. Mi marido había hecho una selección de las cosas que se llevaría; y por todas partes se veían esparcidas sus chaquetas, sus camisas y varios objetos de su pertenencia. Eran las últimas huellas de una convivencia que se había

terminado para siempre. Aunque seguramente muy pronto mandaría a alguien a recoger todo lo que le pertenecía, y en casa no quedaría ni la más mínima huella de su presencia.

Volví a poner las cosas en orden. Percibía su olor en todas sus prendas; las chaquetas tenían aún el pliegue de sus miembros.

Volví a asomarme a la ventana. Vi arder por todas partes los fuegos de aquellos sujetos. Se oía un gran barullo de voces y gritos salvajes.

«Es esta noche», me dije. No, no quería caer viva entre sus manos. Prefería morirme. Por lo demás, ¿qué pintaba ya en el mundo?

Todo había sido un engaño, Iris, Susy, la santa, Casanova... Espejismos que me habían arrastrado de un lado a otro, en direcciones distintas y opuestas; también ellos me habían asediado, todos a la vez, y tan despiadadamente como aquellos guerreros llegados del mar con sus caballos salvajes.

Estaba encerrada en un laberinto sin salida y ya no me quedaba ninguna esperanza, ni siquiera para el futuro. Probablemente la única verdad la había sabido por Laura, mi amiga suicida; no había nada tampoco en el más allá. Sólo grisura y tristeza. La única solución posible era el aniquilamiento. Aniquilarme a mí misma ¿no era como aniquilar aquella maraña de problemas insolubles y la única forma de salir del laberinto?

Aniquilarse... Qué sensación de reposo, de abandono, me daba esta idea. Había crecido lentamente dentro de mí como una planta maravillosa y delicada; era algo que me había atraído otras veces —como por ejemplo cuando tuve conocimiento de que no tenía padre, o cuando tuve la certeza de la traición de mi marido— una vieja tentación que ahora volvía a presentarse con la fuerza de las decisiones inevitables.

Cerré a cal y canto todas las ventanas. Junté varios muebles y los arrimé a ellas; arrastré el gran armario de la cocina hacia la puerta, para bloquearla también. Mientras tanto, ya había abierto la llave del gas.

Antes de echar el cerrojo de la puerta, me asomé una vez más al jardín. Por todas partes empezaron a caer dardos con la mecha encendida, que los guerreros lanzaban desde sus artefactos; vi ondear varios estandartes a la luz de las antorchas y a los enemigos formando columnas de a pie y de a caballo.

Todos los gatos habían huido. Sólo se quedó el gato viejo y ciego, que al oírme se erizó sobre sus patas traseras.

No quería dejarle en el jardín, porque los caballos le pisotearían enseguida. Lo cogí en brazos y, de repente, mientras volvía a ponerme de pie,

me pareció ver una luz sobre mi cabeza. Levanté los ojos al instante, temiéndome que fuera otro ataque. Y me quedé inmóvil, sin aliento.

Un gran globo aerostático descendía hacia mí. Un globo cuajado de banderitas y de hileras de lamparitas de colores. En la navecilla había alguien haciéndome señas.

El globo aterrizó suavemente con una leve sacudida, y una escalerilla de cuerda se posó sobre el césped del jardín delante de mí.

Sólo entonces pude ver que en la navecilla estaba mi abuelo; y junto a él, una hermosa y exuberante mujer vestida de *chántense*. Era su bailarina, su famosa aventura...

El abuelo me hizo gestos para que me apresurase. No había tiempo que perder. Corrí hacia él, trepé por la escalerilla y en un minuto estaba ya en el cesto, a su lado.

Después, el gran balón volvió a elevarse muy liviano, se remontó por encima del techo de la casa, dejó atrás las puntas de los pinos bajo los que galopaban y corrían mis enemigos, y se mantuvo en el aire libremente.

Mientras tanto, agarrada al borde de la cesta, yo miraba hacia abajo fascinada.

Veía las casas, los pinos, las carreteras, las personas, que se hacían tan pequeñas como en un juego de niños; y ya resultaba difícil distinguir mi casa entre todas las demás.

—Ya no reconoces tu casa, ¿verdad? —me dijo el abuelo sonriendo. Estaba mordisqueando su puro y me miraba con ironía—. Mírala. Es aquella, ¿no la ves? Y aquel hombrecillo, aquel de allá, metido en aquel cochecito de juguete... ése es tu marido... ¿Qué impresión te causa ahora, eh, tontorrón...?

La hermosa mujer se echó a reír, expansiva y alegre. También yo, de pronto, me reí alegremente; y esto me sorprendió a mí misma.

Me puse a mirarlos, casi olvidando todo lo que se extendía bajo nuestros pies.

Tenían todo el aire de encontrarse bien juntos; la bailarina estaba comiendo bombones y me los ofreció amistosamente. También le ofreció al abuelo, que los aceptó enseguida con glotonería infantil. Luego le dio un gran beso, sin recatarse lo más mínimo por mi presencia.

Y comprobé con estupor que me sentía invadida por una creciente sensación de libertad y de bienestar.

Volví a mirar hacia abajo: todo se había hecho todavía más pequeño y aparecía más lejano...

—¿Adónde vamos? —pregunté—. ¿Ya no volveremos nunca a tierra? ¿A casa...?

—Claro que volveremos. Cuando tú quieras... Yo siempre vuelvo a casa... Siempre se vuelve; pero el mundo es tan grande... y hay tantas cosas que ver... que hacer... ¿No es cierto, encanto...?

Lo de «encanto» no me lo dijo a mí, naturalmente, sino a su amiga; y lo hizo guiñando un ojo con malicia y hasta con cierta obscenidad, mientras le acariciaba las caderas. La hermosa mujer prorrumpió en una sonora y alegre carcajada, y empezó a cantar una de sus cancioncillas famosas; y me pareció oír cantar a Iris, a la que, en efecto, la bella joven se parecía mucho. Pero no era Iris, era una bella muchacha de carne y hueso, con unas bonitas y largas piernas embutidas en medias negras de malla, y un trasero redondo y lleno, cubierto apenas por los volantes del *tutu*.

Estábamos ya tan altos que pasaban a nuestro alrededor algunas hebras de pequeñas nubes; el mar se extendía a nuestros pies perdiéndose en el horizonte, y la costa, cubierta de pinos, aparecía como un gran arco allá al fondo. También yo me puse a cantar; y empezó a cantar hasta el abuelo, con una voz tan rota y desentonada que casi parecía la de un borracho, por lo que nos echamos a reír como tres locos...

Mi cara se tropezó conmigo en el espejo del salón. Estaba todavía cantando aquella vieja cancioncilla de café cantante de 1890, cuando el espejo reflejó mi cara delante de mí, mi cara de siempre, que en ese momento miraba sorprendida, como si la viera por primera vez.

Porque, en el fondo, me estaba preguntando cómo era posible que durante tanto tiempo me hubiera encontrado tan fea... La complicada forma de mi peinado me pareció de pronto ridícula; y volví a reírme como me había reído en el globo. Me despeiné; me pasé las manos por la cara con fuerza para quitarme el maquillaje, y hasta me froté con el pañuelo; y todo aquel mejunje amarillo-rosa-negro que quedó pegado en la tela me dio casi lástima.

Pues claro, estaba mucho mejor así, con mi verdadera cara, que en conjunto no está nada mal... Nada mal, nada nada mal... Ni mejor ni peor que tantas otras; y por lo demás, eso ya no me importaba nada en absoluto... Había dejado de importarme...

Al otro lado de la casa oí que Fortunata estaba guisando. La casa estaba tranquila, llena de luz... ¿Y mi marido...? ¿Era realmente cierto que se había marchado...? Qué extraño... la cosa ya no me aterrorizaba como antes. Me

sentía más tranquila, más serena... Y mi marido ya no me parecía el mismo personaje mítico, indispensable, insustituible de antes.

Todo estaba más distanciado de mí; y sin embargo, todo seguía siendo muy querido, y hasta más querido que antes, en cierto sentido, pero de una forma más libre...

Me asomé a la ventana. El jardín aparecía silencioso, verde, inmóvil como una miniatura. Toda huella de asedio había desaparecido: los enemigos, los caballos, los fuegos... Hacía una mañana luminosa y serena... Los gatos, mis gatos de siempre, me miraban con sumisa espera desde los matorrales y desde el césped.

Levanté la cabeza: allí arriba, inmóvil, suspendido en mitad de la atmósfera, aún podía ver el globo y distinguir unas pequeñas siluetas negras en la navecilla.

Me pareció oír de nuevo la cancioncilla de 1890 que llegaba desde allí arriba...

Y vi la escalerilla de cuerda bamboleándose en el vacío, como una invitación o un ofrecimiento perenne...



FEDERICO FELLINI nació en Rimini en 1920 y murió en Roma en 1993. Empezó como caricaturista, creador de gags y autor de canciones antes de redactar, en 1944, su primer guión para Roberto Rossellini. Desde entonces, su larga trayectoria como cineasta le ha valido un reconocimiento mundial. Películas como *La dolce vita*, *8 1/2*, *Amarcord*, *Roma* o *Casanova* han hecho que el adjetivo «feliniano» pertenezca al habla común. *La voz de la luna*, su último film, está inspirada en *El poema de los lunáticos*, novela de Ermano Cavazzoni. En 1980 apareció un volumen de recuerdos que recogía artículos suyos y entrevistas sobre su obra. *Giulietta* fue su única novela.